

El Ruedo



JAAVEDRA

150
Pts



Camino de la feria
(Dibujo de Perea.)



CONCHITA CITRON, en la Maestranza
Cuatro momentos de la actuación de la gentil rejoneadora suramericana el día de su presentación en la Plaza de Sevilla

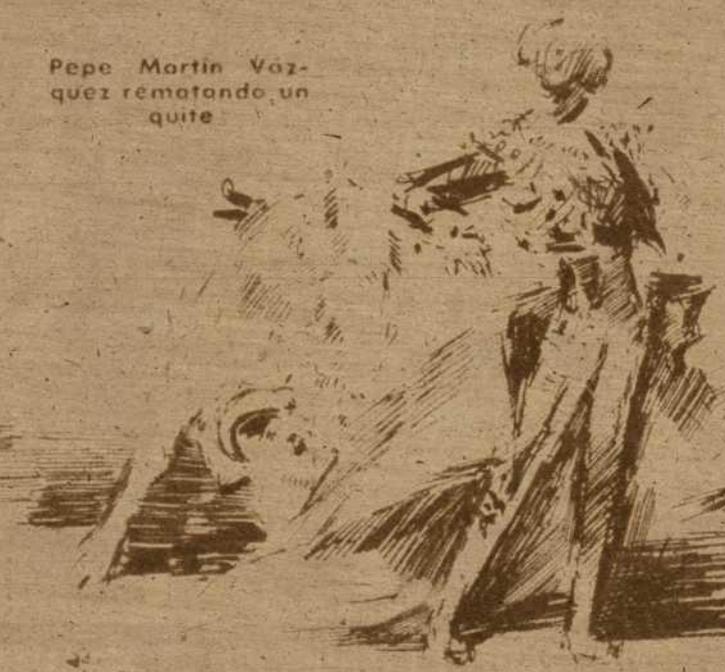
EL LAPIZ EN LOS TOROS

LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID

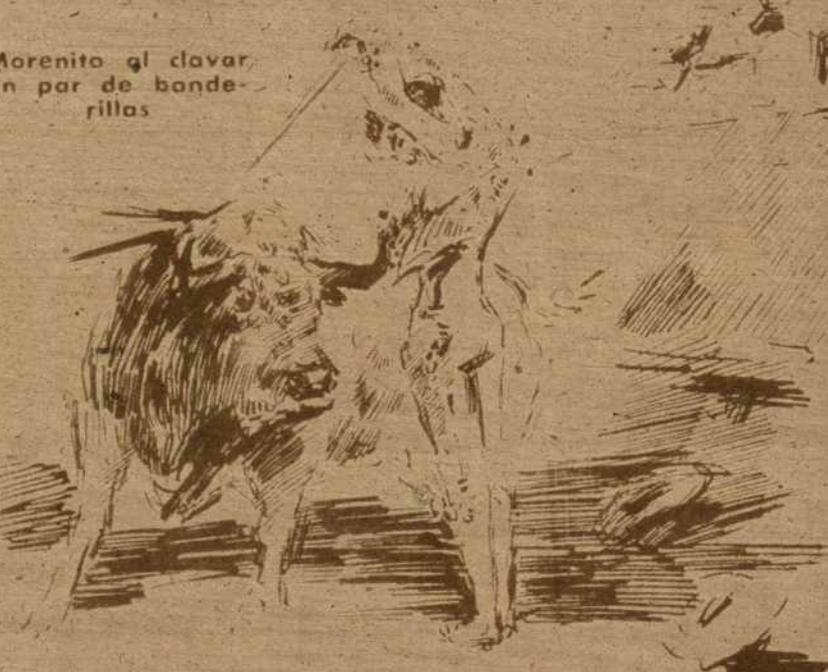
Por ANTONIO CASERO



El cuarto toro precioso ejemplar, con no se cuántas arrobas sobre los lomos



Pepe Martín Vázquez rematando un quite



Morenito al clavar un par de bonderillas



El de Talavera toreando al quinto toro



Media verónica de Pepe Bienvenida



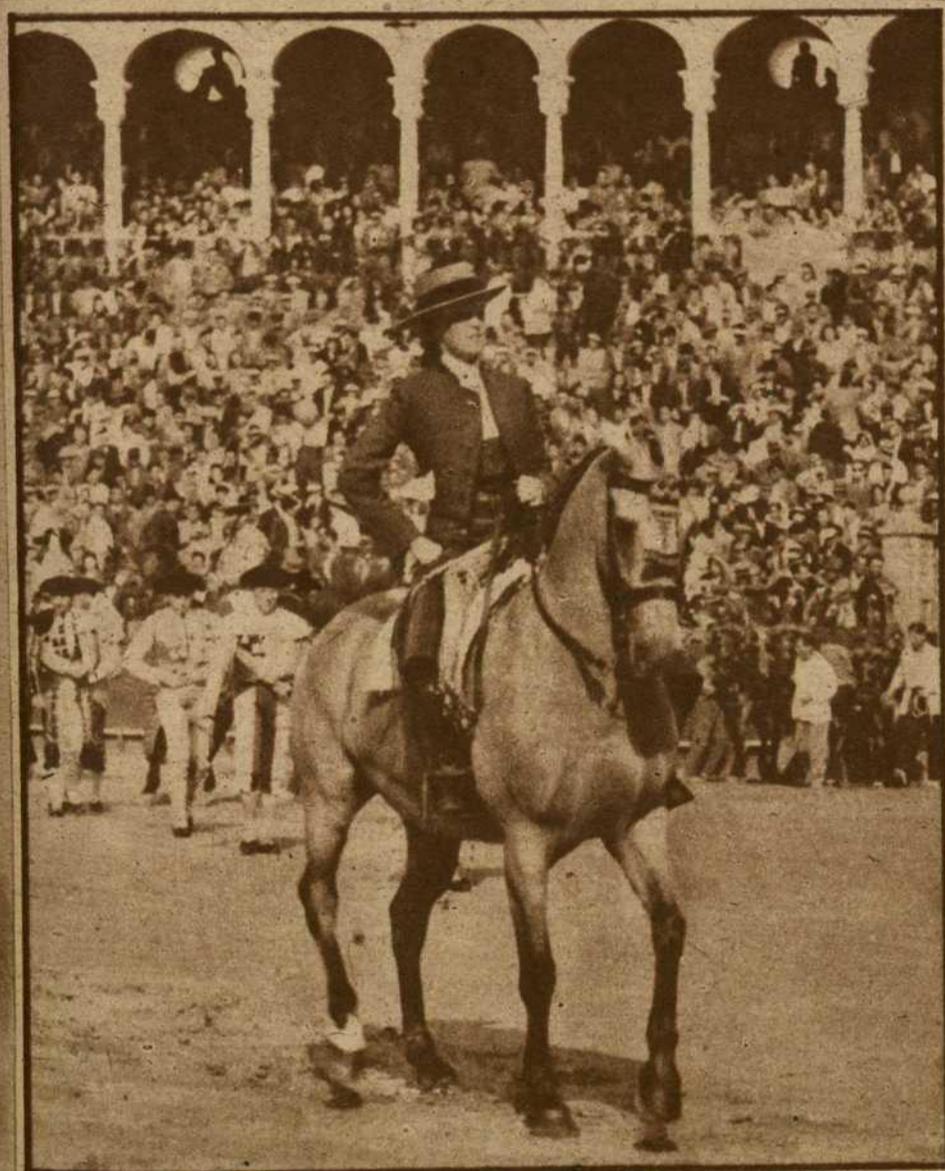
ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II — Madrid, 3 de mayo de 1945 — Núm. 47



CONCHITA CITRON, EN SEVILLA

La gentil rejoneadora haciendo el pasillo en la tarde de su presentación en la Plaza de la Maestranza, en Sevilla. En este número, una gran información en las páginas 16 y 17

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



LA temporada comienza a cuajar a medida que se va celebrando mayor número de corridas y que los toreros *se van poniendo*. Por otra parte, contra todo lo supuesto en escritos y palabras, los toros salen, también, *puestos*. Las multas a los ganaderos, si no han desaparecido —las hubo siempre—, tienden a disminuir. En la gran feria sevillana y en la Plaza de Madrid se han corrido toros metidos en arrobas y hasta en años... Todo parece, en fin, propicio a una brillante temporada... pero es necesario que se dé mayor variedad a los grandes carteles.

El resultado de las corridas de La Coruña habrá de influir algo —o bastante— en el curso de los acontecimientos. Si allí salen también toros, podrán hacerse y deshacerse leyendas de una y otra clase. La próxima presentación de Ortega en Talavera, si es también con toros y hace honor a su largo e inmarcesible prestigio, planteará más cuestiones a las atosigadas Empresas, obcecadas en barajar tan sólo un corto número de figuras, y acaso comprometidas para ello con demasiado tiempo por delante. Las cosas del toro cambian en un santiamén. La figura puede quedar hecha un guiñapo en media docena de actuaciones anodinas, y la figurilla incipiente —recuérdese el caso Arruza, el año pasado— puede pasar a primerísima fila en un par de corridas. Y por una y otra cosa, lo conveniente es la existencia de material de repuesto, de toreros. Pero los toreros, aunque tengan casta y clase, no están en condiciones si no están placeados, y es necesario que se repartan más los puestos de las trescientas corridas largas de que, seguramente, constará la temporada.

El público saldría beneficiado en su afición y en su bolsillo. Las corridas con carteles tan unilaterales resultan carísimas, y en ocasiones, con cierta frecuencia, con un toro menos.

Y voy a explicar esto del toro menos, aunque parezca que soslayo el tema. Es evidente que quienes tienen de sesenta corridas para arriba se ven muchas veces obligados a torear dos o tres seguidas en muy distintas Plazas, y para facilitarse los traslados solicitan el cambio de turno. Quien debió torear el sexto, torea, por ejemplo, el cuarto, y esto lo hace *cumpliendo*, para salir de viaje. Toro perdido casi siempre, y toro perdido a una figura.

Si se prohibieran estos injustificados cambios de turno, que sólo benefician a los intereses económicos del diestro, otros podrían sustituirle en la que precipita por otra, o en esta otra... El caso es que el público no tenga que pechar con cosas injustas y que van haciéndose con demasiada frecuencia.

Y que sigan saliendo toros, que ya veremos lo que pasa.

La corrida del domingo en MADRID



La semana en las Ventas

Treinta arrobas de mala muerte.

Por EL CACHETERO

B IEN se puede decir que la semana, taurinamente hablando, se caracterizó por la salida de un toro de treinta arrobas. Esta noticia, por sí sola, la semana del toro grande, y no será de extrañar que al cabo de muchas, así se llame a esta última matanza de toro, sobre todo si luego, con el augur de la temporada, comienzan las grandes figuras a traer aparejados otros tamaños. Lo primero que hay que decir de aquel ganado de doña María Montalvo es que, salvo el tamaño, pallado con una encornadura más al uso, que se hizo tener más para lanzar por el aire seis veces a los pequeños, era una pira en dulce, o si por el tamaño se juzga, un melón en almibar, irónico en las embestidas, y luego apenas sosen y ahogado por su pesadumbre. Pero que admitió una salida de desahogo y refresco de pocos pases y podía una escocada como un templo. Yo creo que Pepe Bienvenida, que es un torero con muchas y buenas horas de vulto, lo vería así y alcanzaría la apoteosis, subrayada con la admiración que el público mostró hacia la bascula del animal. Pero no hubo nada, pasadas las primeras andanzas del capote. Lo banderillo nojamente, se desconfió mucho con la muleta y lo mató muy mal.

Y de eso del matar quisiera hablar. Pepote le había largado, echándose fuera, dos medias escocadas, que, a penas habían calado la masa de carne del morrillo, y se lanzó por la moda del día, la del querer descabellar a toro vivo, con la cabeza amasada —no había sido toroado ni casi herido— y aquello se eternizó. Rueda de peones empeñados en hacer humillar y el toro mostrando que allí había que empezar el estoque y no el verdugullo. Casi al filo del aviso, Pepote optó por tirarle un gollitazo al hilo de las tablas, y ésta, que es una solución taurina mala, me hubiese parecido mejor de no ir precedida de aquel forcejeo antitaurino del descabello a la fuerza. O sea, que con todos sus defectos de aplomamiento y cansancio, las treinta arrobas sirvieron para poner de manifiesto que a los toros hay que matarlos a escocadas. Con veintiuna o veintidos, lo del descabello hubiera tenido pleno éxito. Un gollitazo, es una mala escocada; un descabello en vivo, es una trampa.

Y seguimos con el matar. Pepín Martín Vázquez, que había estado bien y torero en su primero, se encontró con que el último andaba mucho más hacia atrás que hacia adelante. Desde la salida, echaba la cabeza a la arena, desparramaba las manos y reculaba sin cesar. Nadie sabe cómo a aquello se le pudo meter en varas, y su buena bronca alcanzó a la presidencia, que sólo tenía la alternativa de foguear y no la de ritar. Pepín lo muleteó con decoro, echándole encima la muleta, y lo halló casi imposible de cuadrar. Después de muchos intentos para ello, porque el bicho seguía con lo suyo, le largó un sopapo como pudo. Pero lo que quería decir no era sino la licitud de que a aquel toro se le hubiese matado mucho antes —ni los tres o cuatro minutos gastados en el vano intento de cuadrarlo—, de haber empleado una escocada del clásico recurso, o sea, a la media vuelta. Un momento me pareció que el matador iba a ello, y mi aplauso no le hubiese faltado si lo hace, aunque no sé qué hubiera pensado el público, que ya tiene de los toros una versión muy concreta y limitada, muy de patrón o modelo. Pero cuando el lucimiento se niega, el recurso me parece de perlas y el torero, que tiene muchos a mano, para aplicarlos según las incidencias, me parece mejor aun. Lo interesante, a veces, es el desahogo y la brevedad. Lo interesante, siempre, es no limitar el toro, y por eso me parecen bien las treinta arrobas de vez en vez y hasta las escocadas a la media vuelta. Luego, ya habrá lugar hasta para las chiclelinas, quite muy en boga.

Seis toros, de doña María Montalvo, para PEPE BIENVENIDA, MORENITO DE TALAVERA Y PEPÍN MARTÍN VÁZQUEZ



Pepín Martín Vázquez, en un mulatazo con la derecha en el toro de la confirmación de su alternativa



Pepe Bienvenida confirmando la alternativa a Martín Vázquez en la corrida celebrada el domingo



Pepín Martín Vázquez toreando de muleta a su segundo toro



Pepe Bienvenida rematando un quite en su primer toro



Morenito de Talavera toreando por manoletinas el domingo en las Ventas



Bienvenida, Martín Vázquez y Morenito de Talavera, antes de hacer el paseillo en la corrida del domingo en Madrid, y en la que confirmaba su alternativa Pepín Martín Vázquez

DESPUES DE LA CORRIDA

He contraído una deuda con el público de Madrid, que sabré cancelar cuanto antes—dijo Bienvenida Morenito cree que su segundo toro se apagó en el tercio de quites Martín Vázquez confía en superar su actuación en las próximas corridas del 13 y 15 de este mes



Pepe Bienvenida toreando con el capote a la salida de un quite.

—Lo único que sé es que perdiste una oreja y una salida triunfal de la Plaza cuando ya la tenías en la mano.
—Y me lo dices a mí, que bien vería el público que no deseaba otra cosa. Por lo visto, algunos como tú, no vieron que el toro cambió y empezó a frenar y a no tomar el engaño con el buen estilo que puso al seguir los vuelos de los capotes. A ese toro lo acabamos los tres espadas en el tercio de quites.

—¿Cómo fué su extraña decisión de empuñar los rehiletes detonantes? —le pregunto por cambiar algo el sesgo de la conversación.
—Verá usted. Los toros mansos acostumbran a arrancarse fuerte cuando ven a un torero que no flamea su capote. Y yo me dije: «Ese bicho se me vendrá como un expés y podré ponerle un par al cambio, de mucha emoción.» Pero me equivoqué, pues el mansurrón se encargó de fallar mis cálculos.

MARTIN VAZQUEZ

CUANDO llego al hotel, el torero y su apoderado han salido a dar un paseo, y en el patio aguarda su regreso el mozo de espadas. El hombre debe tener hambre retrasada, pues además de estar más tiempo con la boca abierta que cerrada, le observo que de vez en cuando lanza enternecedoras miradas al contiguo comedor, en el que se está sirviendo la cena. Al fin, se decide a suplicarme:

—Por lo que más quiera, no me lo entretenga mucho y apiádesese de mí, que llevo veinticuatro horas sin comer. Por acabarse tarde la corrida de ayer en Valencia, tuvimos que dejar una magnífica paella, pues de lo contrario habríamos perdido el tren.

Y el hombre me hubiera contado todas sus irregulares colaciones a no ser por la llegada de la pareja que esperábamos.

El menor de los Vázquez me refirió haber hecho cuanto le fué posible por agradar al público. Ahora, sus esperanzas se cifran en las dos corridas que en la misma Plaza tiene que despachar el 13 y el 15 de mayo.

—¿Cómo te explicas —le pregunté— la diversidad de apreciaciones al juzgar el público tu labor en el primer toro? —

—El público tiene siempre razón. Los que aplaudían, porque se consideraron satisfechos con lo que hice, y los descontentos porque no cuajé la faena esperada por ellos, aun cuando en el pecado no fuera mía la culpa.

F. MENDO



Morenito de Talavera en un gran par de banderillas.

PEPE BIENVENIDA

PEPE, en pijama y pantuflas, charla con su padre. La acogida que me dispensa, correcta y amable, como es en el proverbial, no encubre su mal humor consigo mismo.

Ante mi muda interrogación comienza a hablarme con evidentes deseos de buscar paliativos a su anómala labor.

—Mi primer toro casi no veía, por estar muy reparado del izquierdo. De haberlo toreado por este lado es muy posible me hubiera llevado por delante.

—A ese bicho —decía don Manuel Bienvenida— no se le podía hacer otra cosa que torrearlo cerca y matarlo pronto.

—¿En cuanto a su labor con el mastodonte? —

—Mire usted, amigo Mendo, yo no estoy habituado a torrear armarios ropeados, porque convendrá conmigo en que el torito de marras más tenía de mueble monumental que de astado.

La mayoría del público, impresionado por su presencia, no se dio cuenta de que tanto ese toro, como la mayoría de los que hoy salieron por los chiqueros, fueron a menos y llegaron a la muleta, e incluso a banderillas, sin entregar el morrillo, sin hacer la lidia alegre y decidida que mostraron en el primer tercio.

Y apostilla el fundador de la dinastía:

—Los toros de doña María fueron la antítesis de esos otros que por ser correosos van a más y llegan a la muleta recreados, ofreciendo a público y toreros la agradable sorpresa de una gran faena que tiene el regusto de lo inesperado.

Se hace un silencio, que al cabo rompe Pepe para decir:

—Pero no nos engañemos; hoy he tenido muy mala tarde, y con tal motivo he contraído una deuda con el público de Madrid, que como buen pagador yo sabré cancelar cumplidamente.

Y ya, después, en plan de proseguir mi ruta, pregunto noticias de Antonio. Me informan sus familiares que el 10 de mayo embarcará en Filadelfia para llegar a España allá por el 25 del mismo mes. Por cierto que parece cosa decidida el que el repatriado no toree en provincias, y únicamente se vestirá de torero en las tres corridas firmadas con la empresa de Madrid.

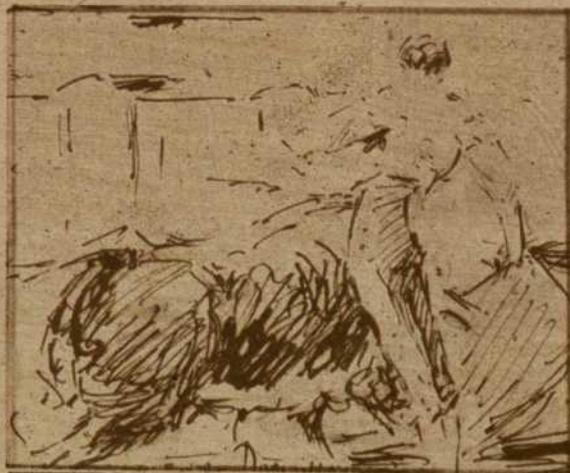
MORENITO DE TALAVERA

A Emiliano lo hallé dando buena cuenta de una succulenta merienda, servida por la esposa feliz y riente de haberle recuperado después de las dos horas de mortal angustia.

Varios amigos alzaban sus voces encomiando los momentos felices del torero de Talavera, que en verdad no fueron escasos.

Un amigo de Morenito, llevado de su afecto hacia el diestro, lo increpó por haber cortado la faena de muleta felizmente iniciada al quinto de la tarde.

—Pero, ¿es que tú supones que por un capricho mío no quise seguir torreándolo como dices?



Un muletazo de Pepín Martín Vázquez. (Apuntes de Roberto Domingo)

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



Pepe Bienvenida

El pregón de las almohadillas atándola el ánimo, le hace mullido y le dispone a la benevolencia.

Sobre la clave gris del sentido, son como notas del pentagrama los primeros espectadores.

Después, la lanzadera del acomodador va haciendo tupido el gran tapiz.

Anís, manzanilla, coñac, vino... Los anuncios alcoholizan el ambiente del ruedo.

Al hombre-anuncio encerrado en la botella le han añadido un truco nuevo: el abanico, que se abre y cierra en el galletete. Después, le agregarán una peñeta, una pandereta, una mantilla... Y quedará convertido en una película de española.



Morenito de Talavera

Los que recogen los anuncios del piso de la Plaza lo hacen como si tomaran en sus brazos toreros heridos.

Pepín Martín Vázquez toca el violín con el capote. Sus lances son de arco en la cuerda, musicales del todo. Claro que no le oímos nada más.

Moreno estuvo muy valiente. Nos pareció totalmente injusto ese ¡No! que le cerró el peso como una tarreta de grillos cuando merecía dar la vuelta al ruedo.

El segundo toro estuvo a punto de descomponer el ritual de la devolución de trastos entre Pepe y Pepín. Debían enseñar a los toros a ser respetuosos con las ceremonias. ¡Ah, y también a no caerse!

Los petardos estallan y desnudan los adornos las banderillas de fuego, como el pasado en que sólo se le dejan las espigas.

El cuarto toro levantaba los caballos como si fueran espuma.

El toro último era geólogo, minero canchero, y le faltaba freno en las patas de atrás. Todo el mundo hizo con él símiles automovilísticos.



Pepín Martín Vázquez (Fots. Baldomero.)

HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA



Concurso
taurino

¿En qué
fecha tomó
la alternati-
va Ricardo
Torres Bom-
bita?

¿En qué año se retiró?

Escriba con el título: "PARA EL CONCURSO TAURINO DE HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA", a la Empresa anunciadora "Hijos de Valeriano Pérez", Cruz, 7, Madrid, respondiendo a estas dos preguntas, y si son debidamente contestadas, podrá participar en el sorteo que se celebrará diez días después de la publicación de este anuncio. Por tanto, el cierre de admisión de éstas se efectuará dicho día, a las ocho de la noche.

PREMIOS

UN PREMIO de 100 pesetas y otros DOSCIENTOS PREMIOS, consistentes en un paquete de hojas de afeitar "MEZQUITA".

Los premios serán enviados a los señores favorecidos directamente a su domicilio, tanto a los residentes en Madrid como a los de provincias, para lo cual suplicamos a cuantos escriban anoten claramente su nombre, apellidos y domicilio.

Solución al concurso anterior:

Antonio Sánchez tomó la alternativa el 27 de agosto de 1922, y se retiró el 21 de septiembre de 1929.

Ha correspondido el premio de 100 pesetas a don Enrique García Gutiérrez, Bravo Murillo, 128, Madrid.

HOJAS DE AFEITAR HAY MUCHAS...



Publicidad: HIJOS DE VALERIANO PEPEZ. — Cruz 7. MADRID

EFEMERIDES

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

MAYO

2

MIERCOLES

SON bastantes los lectores de EL RUEDO que al final del siglo pasado ya se hallaban contaminados por el virus de la afición. Voy, pues, para empezar, a dirigirme a ellos, respetuoso, descubierto y no montera en mano, porque escribir en esta disposición debe ser harto enojoso. ¿Se acuerdan ustedes de *monsieur Robert*? A él aludía en el número anterior Felipe Sassone. Era «togueador» —francés— y hoy, 2 de mayo —¡tuvo tupé!—, aunque fuera hace cuarenta y seis años, tomó la alternativa en Madrid. Como torero anduvo infinitamente más escaso de gracia que nuestro amigo gitano Rafael Albaicín. Pero, además de tupé, *monsieur* tenía bigote, y, muy en serio, días antes de su alternativa invitó a los críticos taurinos a un cocido, para dilucidar si era necesario o no afeitarsele. El celeberrimo don Modesto dictaminó:

...que un torero con bigote
cuando sale a torear,
ni es torero, ni es bigote,
ni es chicha, ni es limoná.

Pasemos ahora a otro tema. ¿Son muchos los toreros muertos al poner banderillas? Muchos, no, pero algunos sí. En el siglo pasado, esta suerte que tan lucidamente practican Pepote, Morenito y casi todos los mejicanos, apenas se tomaba en consideración. Había que llamarse Capita, Regatero o Gordito para lograr apasionar al público. Un chiclanero, Bocanegra (José Fernández), es ejemplo de que ni aun muriendo al clavar los rehiletes se conseguía la menor celebridad. Su percance, sin remedio, sucedió el día 3 de mayo de 1852.

¿Qué pasó algún 4 de mayo? ¡Ah!, sí. En tal fecha —1891—, murió José Machío, paisano y del mismo barrio que Pepe Luiz Vázquez; tan mal torero como él... cuando éste no quiere, e infinitamente peor cuando Pepe Luis grita: «¡déjale!». También un 4 de mayo —año 1879—, Frascuelo, Juan Molina y Bienvenida entraron en la cárcel, sin dejar la autoridad que se vistieran de paisano, por haberse negado los tres a que foguearan a Pelaezspigas, toro de Adalid, que había tomado *nada más* que cinco varas.

Y a continuación voy a describir una anécdota de Gorete, que nació el 5 de mayo de 1869, porque tiene su *mijita* de gracia y porque Manuel Nieto me es simpático, ya que «acostumbra a matar recibiendo casi todos sus toros». Ahí queda eso —¿verdad, señor Riestra?— y pasemos a la anécdota. Al volver de América, en una ocasión, Gorete se encontró en una calle sevillana con un banquero amigo que se había arruinado. «¡Quebré!», le dijo el ex-banquero, como prólogo de un sablazo. Gorete le atajó con estas palabras de despedida: «¿Conque quebró usted? ¡Menuda ovación le darían!...»

Dedicado ahora a mi querido amigo Manolo Bejarano, diré que su apellido es pura aristocracia en el toreo. En mil setecientos y pico hubo ya un Antonio Bejarano que fué «gente». Y en el siglo pasado, el 6 de mayo de 1883, Rafael Bejarano —por alias La Pasera—, murió a consecuencia de haber saltado tarde la barrera. Garabato, de la ganadería de Mazpule, le cogió por el pie y le dió el pasaporte para el otro barrio.

El 7 de mayo de 1898 nació José Flores, y ¡camará!, que de entonces a nuestros días ha empleado el tiempo con provecho, dicho sea en el mejor sentido. Mi felicitación afectuosa, y, puesto que el 7 de mayo de 1922 murió trágicamente Manuel Granero —que fué un año novillero tan sólo una temporada completa matador—, digamos que más le valiera al valenciano haber sido violinista a secas, arte que llegó a poseer con gran perfección. Muerto José, se hizo el amo del cotarro, y con sólo veinte años de edad, perdió la vida en la arena de la Plaza madrileña, una tarde de sol y de cielo azul, en que a los acordes de un pasodoble, poco antes hiciera el pasefílo, lleno de vida, acompañado por Juan Luis de la Rosa y Marcial Lalanda. Pocapena, de Veragua, fué el único culpable de aquella muerte brutal, que destrozó su cara de niño mimado.

Y, como ya no queda casi espacio, haré constar, antes del punto final, que en el pueblecito sevillano de Gelves, nació el día 8 de mayo de 1895, ¡nadie...! ¡José Gómez Ortega!, hijo de la *señal Grobiela*, hermano del *divino salvo* y... ¡vamos!, Joselito, o Gallito por más señas. ¡Lástima que mayo, mes de la naturaleza en floración, tenga ese fatídico 16. Merecía borrarse de nuestros calendarios, aunque España fuese el único país que finalizara el mes con la fecha 30.

MAYO

8

MARTES

ALVARO DOMEQ arma caballero a PEPE ANASTASIO MORINO

ACOSO, DERRIBO Y REJONEO A CAMPO ABIERTO EN LAS MARISMAS DEL GUADALQUIVIR

Por JULIO FUERTES



Pepe Anastasio Moreno, joven rejoneador



Las dos garrochas caen sobre la grupa de la vaquilla, derribándola, en el acoso celebrado en El Rebozo, en las marismas del Guadalquivir

Apenas despuntaba el sol cuando la garra de coches llegó al Rebozo. Una vaca blanca en el centro de una inmensa llanura marismeña, que estaría totalmen-

te limitada en sus contornos por el propio cielo si largas teorías de altísimos álamos no festoneasen las márgenes del Guadalquivir que la cruza.

El frío de la madrugada, y no otra cosa, invitó a todos a beber la primera manzanilla y a Domecq y a Anastasio a saltar sobre los lomos de Escándalo y Sultán.

Había comenzado el bello espectáculo. Ambos jinetes probaban sus facultades. Escándalo y Sultán competían en gallardos caracoleos. El sol y la manzanilla habían templado ya a los hombres, y la voz para comenzar el acoso salió, jovial y alegre, de labios impacientes. Una veintena de caballistas se puso en marcha hacia una mancha de reses que se movía con placidez a unos trescientos metros de la casa.

Domecq y Anastasio se destacaron en rápido galope e irrumpieron en la piara, de la que presto sacaron una vaca jabonera corriendo, acosada, entre los caballos. Cien metros más allá del bato, don Alvaro, enristrada clásicamente la vara en todo su largo, derribó al aturdido animal, que logró levantarse entre una nubecilla de polvo y reanudar su ríspida carrera. Aun la derribó otra vez don Alvaro y otra Pepe Anastasio, haciendo entonces aquél de amparador, pero la dejaron marchar a su querencia, no satisfechos del resultado para los fines que se proponían.

En un último acoso, una vaca negra fué apartada de la placidez y alejada a conveniente distancia. Tras de ser derribada alternativamente por Domecq y Anastasio cuatro o cinco veces, quedó encampanada y desafiante. Fué aquello como una señal. Los caballeros la dejaron refrescarse mientras Domecq requería dos rejones, uno de los cuales entregó al sevillano.

Pepito Anastasio, que había cambiado a Sultán por Armillita, giró brevemente ante la vaca para provocar su embestida, que fué pronta y alegre, y clavó en todo lo alto su rejón. Y cuando la vaca herida perseguía a Armillita y Anastasio la burlaba graciosamente con el banderín del palo, Domecq se la llevó con las ancas de Escándalo para clavar su rejón exactamente junto al otro. El juego del caballero, con trotes y cortos galopes, dejó cuadrada a la vaca como para una nueva suerte, que corrió a cargo de Maera, hijo del inolvidable e infortunado Maera, que la toreó a la verónica con temple, valor y arte. El fácil capote de Remundo Blanco, representante de El

RUEDO en Sevilla, intervino con acierto y fortuna. Nuevos rejones de los caballeros, en lo alto también, y la mulata de Angel Luis Bienvenida, desplegándose con gracia inimitable ante el bravo animal, dibujó una serie de magníficos pases.

Tocaron a banderillas y don Alvaro cedió un par a Pepito, que clavó superiormente, y se dispuso a clavar el suyo con esa irreprochable maestría de sus mejores tardes. Luego, pie a tierra, maestro en todo ya, con la izquierda y con la derecha, Domecq dió una lección de bien torear, que el neófito aprendió en el acto y ejecutó después.

—¿Cómo te has quedado tan quieto? —le preguntó un amigo.

—Es que —respondió el muchacho— me estaba acordando de Manolete!

A la hora de matar, don Alvaro montó otra vez a caballo. Pepito le esperó sobre el suyo. Escándalo y Armillita se saludaron ceremoniosamente. Domecq dijo a Anastasio:

—Esta vaca la vas a matar tú con este rejón.

—Usted lo hará mejor, don Alvaro —replicó azorado el muchacho.

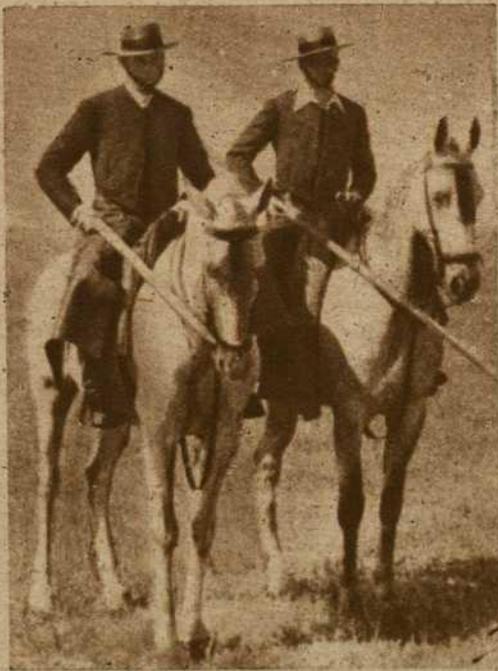
—Pero tienes que matarla tú así —le explicó, manejando el rejón en el aire— y procura clavar en la yema.

Pepito Anastasio, fiel discípulo, ejecutó la lección tan al pie de la letra, que la vaca rodó patas arriba apenas el rejón le hubo entrado precisamente por la misma yema.

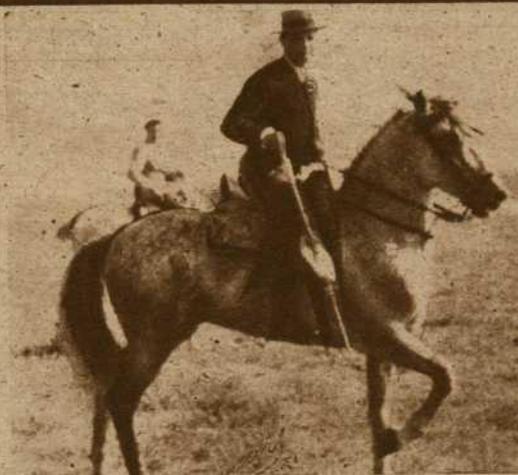
La bellissima fiesta a campo abierto había terminado. Los chatos y las tapas, servidos en largas mesas, esperaban a la sombra de la casa, refrescada por el aire marismeño.

Se celebró con general regocijo el espaldarazo —porque fué más bien armar caballero que dar la alternativa— del insuperable rejoneador don Alvaro Domecq al joven sevillano Pepe Moreno Anastasio.

Gracias al caballero jerezano, el bellissimo arte del rejoneo toma vuelos y crea afición. Sólo por esto merecería homenajes, pero preferimos esperar, para tributárselos, a que se le conceda esa Gran Cruz de Beneficencia que por su inagotable caridad se ha ganado ya en el corazón de los españoles.



Alvaro Domecq y Pepe Anastasio Moreno, en El Rebozo



Pepe Anastasio Moreno, en El Rebozo, preparado para el rejoneo



Alvaro Domecq clavando un rejón en la fiesta celebrada en El Rebozo (Fot. Mari.)

CARTEL DE BARCELONA

SEIS DE CENTURIANO
JUANITO TARRÉ
ANTONIO TOSCANO
FRANCISCO NAVARRO



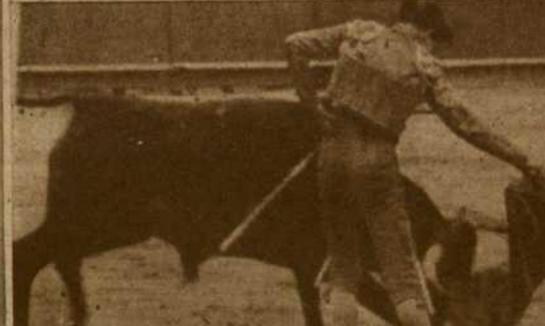
Juanito Tarré, toreando de muleta en la novillada del domingo en Barcelona



El novillero mejicano Toscano, que hacia su presentación en España, en un pase de muleta



Toscano, en un buen pase con la derecha en el toro de su presentación



Francisco Navarro, que debutó el domingo en Barcelona, toreando de muleta. (Fons, Valls.)

BARCELONA 29. (Crónica de nuestro redactor Subirán).— Novillada modesta; dos catalanes, de los que pugnan por encaramarse a un lugar decoroso de la novillería andante, y un mejicano en plan de incógnita.

El gran triunfador de la misma fue el asteca Toscano, un novillero hecho por completo, que más que novillero bien se puede catalogar como matador de toros. Pisa fuerte en todos los terrenos. Con el capote tiene personalidad. En banderillas también destacó su labor en el segundo toro, con tres pares, el cambio emocionante y prodigio de ejecución, y con la muleta, aunque un tanto frío y falta de nervio, también nos largó dos faenas variadas, para lograr sendas vueltas al ruedo, saludos triunfales y corte de apéndice.

Juanito Tarré, en su primero, con una faena magistral.

rematada con un pinchazo hondo, muy bueno, cortó oreja y dió la vuelta al ruedo. En su segundo, quedado y mansurrón, y no pudo repetir la hazaña, y harto hizo con despacharlo decorosamente y lograr muchas palmas. Juanito Tarré merece que se le den más corridas y coja el aire a los novillos de respeto.

Navarro, otro catalán, también se lució, especialmente en su primero, al que le hizo una faena torera y confiada y le cortó la oreja, a cambio de varias revoluciones por su excesivo alán de armarse y torrear. En su segundo puso banderillas con muy buen estilo; pero no pudo completar el tercero, por haber sido prendido en el anterior. En su segundo novillo, grande y quedado, hizo una faena eficaz, y como lo despachó con prontitud, mereció el aplauso general.

EL PLANETA DE LOS TOROS

EL ESTOQUE DE MADERA

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

PARECE ser que está en trance de generalizarse el uso del estoque de madera como sustitutivo del de acero para torear de muleta. Quisiera dar mi voz de alarma antes de que sea demasiado tarde. Admito, antes de nada, que el toreo, como todo arte, evoluciona. Concedido esto se me permitirá decir que esa evolución sea bien venida en cuanto afecta al arte en su esencia, pero que se quede ahí, que no traspase lo que a todas luces es intangible.

Indudablemente, hoy se torea con estilo completamente distinto al de que nosotros, los que ya pasamos de los cuarenta años, vimos en los comienzos de nuestra afición. No es ocasión de discutir si tal estilo es mejor o peor. También estamos todos conformes en que este estilo es posible gracias a la evolución del toro. A la menor peligrosidad del cornúpeto —me resisto a escribir cornúpeto; la palabra será académica; pero es horrible esto de decir el cornúpeto, y como yo no aspiro a un sillón de la Española, digo el cornúpeto y que me perdone el doctor Thebussen, que parece ser es el autor de la palabreja—. Pero a lo que estamos; si el toro degenera, para mí es indudable que el toreo está por lo menos en peligro de degeneración. Porque el toro es el que da la dificultad. Mientras el toro disminuya en fiereza, el toreo será mucho más fácil. Hasta puede llegar un momento en que el toro sea tan blando, tan blando, que se le pueda matar con el estoque de palo un poco afilado y con una puntita de acero. Reconozco que hoy por hoy el toro tiene la piel dura y esto de matarlo con una espada de mentirijillas tiene sus dificultades. Por lo tanto, es imprescindible torear armado del estoque de bien templado acero.

Antes de entrar en otras razones, digamos que el toro es de las pocas cosas que en este mundo conservan aún un rito que no ha variado en más de un siglo. Y esto tiene su importancia. Si empezamos a torear sin montera porque es más fresco, y a prescindir del despejo porque ya el ruedo está despejado, y de los alguacillos por anacrónicos, y de la entrega de la llave por innecesaria, y de la alternativa por ser ceremonia superflua, y de tantos otros hábitos de este jaez, la fiesta de toros seguirá igual en cuanto fiesta, pero perderá esa cosa entrañable que es la tradición.

La razón fundamental de lo inadmisibile del uso del estoque de madera la reputo obvia para todo buen aficionado. A pesar de su innegable decadencia, la suerte de matar no sólo es la fundamental, sino el remate airoso e imprescindible de toda la lidia. Y el toro tiene su momento preciso de morir; y todo torero que tenga la cabeza sobre los hombros lo aprecia y no duda en liar la muleta y arrancar a matar dando el pecho al toro y el acero a la altura del hombro, sin oír esos gritos insensatos de los que chillan: ¡no, no! ¡Cuántas faenas malogradas por esta concesión a la ignorancia o por esa falta de vista y de técnica! ¿Y cómo se puede aprovechar ese momento enarbolando un pedazo de palo, bueno para las tientas y para los chiquillos que juegan al toro? El toro está cuadrado en la suerte natural; en ese momento el matador pide a un banderillero el acero, el banderillero sale corriendo en su busca y se lo entrega al maestro. Pueden ocurrir dos cosas: que el matador se separe del toro para cogerlo, y en este caso o el toro es un marmolillo, que los hay, pero raros, o el toro se distrae y la ocasión se malogra; o el matador sigue frente a él sosteniéndole con la muleta; pero al ver al banderillero, el toro se va con él y hay que cuadrarle de nuevo. Todo ello es lamentable. Y si el uso del palo, como me temo, se generaliza, porque el hombre es muy dado a la imitación, veremos muchas, muchísimas faenas rotas, quebradas por el palito cómodo, pero absolutamente fuera de lugar.

Un solo recurso estimo que puede salvar esto: que lleve el matador la espada colgada del tahall de la faja, como los caballeros antiguos o como esos toreros de fines del XVIII que aparecen en algunos grabados franceses armados de esta guisa. Ya sé que esto tendría el inconveniente de no poder dar molinetes; pero después de todo, eso saldríamos ganando.

Piensen también los toreros que si la gente los ve una tarde y otra con el trozo de madera en la mano, poco a poco irán rebajando la importancia que hasta ahora se les ha concedido. Porque no se me diga que esto es un detalle que nada tiene que ver con el verdadero toreo. Nada de eso; un detalle puede ser trascendental. Son ya, por otra parte, muchos detalles los que van rebajando esa aureola que siempre ha rodeado a la fiesta de belleza trágica, de emoción dramática, de sensación a un tiempo de alegría y angustia. La veleidad de los públicos es muy peligrosa. Hoy gusta de la apacibilidad de la estética. Si la acentuamos con este detalle y con el otro, quizá se derumbe todo de un empacho de toritos dóciles toreados con un palo. No sé si será una broma; pero el otro día se anunciaba en un semanario de gran circulación un diestro que ofrecía a las empresas torear, en vez de con muleta, con un abanico.

Se puede uno figurar a Frascuelo empuñando un palo frente a un colmenareño de aquellos de don Vicente Martínez? Por ahí anda una litografía de aquellas de *La Lidia*, en la que Frascuelo aparece con la muleta plegada en la izquierda y en la derecha el estoque. No se ve al toro, pero se lo imagina uno y nos estremecemos. ¡Vaya planta la de Salvador! ¿Sería igual la impresión que nos produciría si le viéramos con un palito con forma de estoque? De ninguna manera.

No, queridos toreros, reflexionad un poco. Bien está que se use el estoque de madera cuando una lesión impida el fácil manejo del de acero y estrictamente el tiempo preciso que dure la lesión. Pero que por un deseo de insana, cursi y perturbadora imitación, se generalice el instrumentar pases con un palito de apoyo de la muleta, francamente me parece depresivo para la seriedad de la fiesta, para el toro, para el público y para la conciencia misma del torero. Mi voz de alarma está dada. ¡Ojalá no caiga en la indiferencia!

A PUNTA DE CAPOTE

LA GIRALDA EN LOS TOROS

Por FEDERICO OLIVER

CUANDO cierro los ojos a la realidad, presente para refugiarme en el pasado, bálsamo y *sauvage*, mis añoranzas me llevan a los años felices de mi prehistoria en el mundo, primeros balbuceos de mi niñez remota, y entonces, procurando concretar plásticamente todo lo que aun perdura en las nieblas del recuerdo, sólo dos esquemas saltan, plenos de color y de perfiles: la Plaza de Toros de la Maestranza y la Giralda de Sevilla.

¿Por qué?

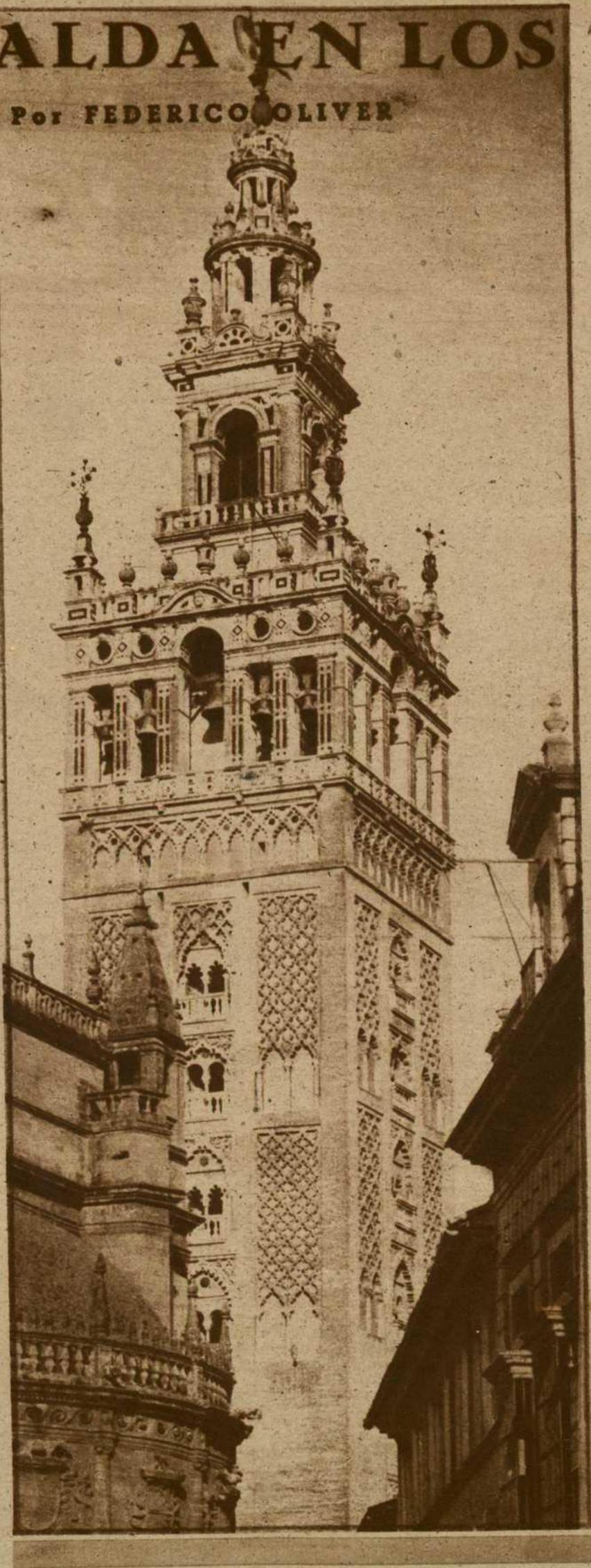
La Plaza de Toros de Sevilla, cuyas amplias graderías comenzaron a levantarse a mediados del siglo XVIII, es, sin disputa, el ruedo más cargado de solera taurina de todos los ruedos, aun sin exceptuar el de Ronda. Su anillo pasaba, en el siglo XIX, por ser el mayor de todos los anillos (yo no sé si las recientes plazas monumentales le han arrebatado este centro), y su arena, buena y cálida, el fondo donde con más viveza se destacaba el destello del oro y la púrpura de la sangre.

Esa Plaza encierra para mí un valor sentimental único; en la parte baja de sus puertas o verjas que dan a la margen del río, aparecen unos bajorrelieves que representan diversas suertes del toro, y dentro de la Plaza, una cabeza de toro en la puerta del toril. Pues bien; esa cabeza de toro y aquellos bajorrelieves fueron modelados en mi casa por mi padrastro, el escultor imaginero Antonio López, iniciador, en escultura, del poeta del barro Antonio Susillo. Si alguna vez el lector me sorprende en Sevilla contemplando esas obras, no debe extrañarse si advierte humedad en mis ojos. Es que contemplo un nene de cuatro años, vestido de faldillas, que soy yo mismo.

La Giralda, *Torris Davidica*, como la llamaba Rueda, es la primera «moción de mis ojos infantiles. Su cuerpo de campanas, sus ajimeces, sus veinticinco rampas, su giraldillo o estatua de la fe, donde se columpia la luna menguante en las noches claras, es algo tan insparable de mi sensibilidad como pueda serlo la silueta de las grandes pirámides y la esfinge hermética de Guizh para el «fallah» del desierto. Y cuando, como ahora, asocio este esquema bien amado al de la Plaza de Toros de la Maestranza y pretendo fundir ambas siluetas en una sola imagen, la Giralda se me antoja una hembra morena y morena, tocada con mantilla de madroños. ¿Y por qué con mantilla de madroños? Sencillo: por un residuo de mis impresiones pictóricas primeras. Cuando yo era niño, abundaba en la calle de la Serpe —y creo que sigue abundando— la clásica pandorita con la Giralda policromada en el parche, y pendiente del arco sonajero, los consabidos madroños en ángulo.

Pues bien: estas impresiones primitivas, que no son más que huellas fosilizadas del espíritu, porque así como hay fósiles en las primeras capas de la tierra, los hay también en los primeros estratos de la memoria, me hace ver a la Giralda viva, morena y pimpante asistir, en su palco de la Maestranza, no a una corrida de toros, a muchas.

¿Cómo? Voy a presentaros una



típica viñeta de la Plaza de toros de Sevilla a mediados del siglo XIX. Su curva circular aparece rota por un gran espacio sin concluir, que arranca del tendido. Esta estampa colorista y bravia que vieron los ojos de Mérimée, Dumas, Gautier y las señoritas de Montijo, ha corrido la redondez de la tierra, porque precisamente el espacio sin edificar que aquí vemos es el palco por donde la Giralda asoma, para ver las funciones de toros.

Y no sólo la torre, sino su acompañamiento. Las azoteas de la ciudad, reventando en clavetas, son como una blanca *corbeille* que sostiene la masa oscura de la catedral, a través de cuyas crestas, arbotantes y finos pináculos, sube la reina de Sevilla robando altura a los cielos, envuelta en su mantilla de madroños, que son ahora giros de palomas y golondrinas volando y revolando en la alegría de la tarde.

Y ya que nos divertimos con juegos de imaginación, animémos con ella esta estampa, del mismo modo que el hombre logra con el cine la fotografía del movimiento. Nuestra fantasía es la mejor cámara para proyectar las imágenes del pasado en la pantalla de una cuartilla. Retrocedamos, pues, con esta película al tiempo en que la Giralda presenció, desde su palco, el lance olistoso que vamos a galvanizar.

Un público espeso y griton llena la Plaza. Oyense prugones de manzanilla y aguardiente, de bocas de la isla, de *corrucos* y *almendraos*, y un aleteo innumerable de abanicos de calafia

que se rompe en papé y queda la caña,

como canta el prugón, salpica la borrosa multitud como un hálito o latido de la hora caliginosa. En la barrera de sol, y *entablero*, vemos un Miura enorme y fatídico, como la pesadilla de un torero miedoso. Y delante de la fiera, pasando las más negras fatigas de su historia, al gran Curro Cúcharis, flor y espuma de la torería. El toro, cuya inquietud y rastrera cabeza acusa las intenciones de su raza homicida, tiene en vilo al matador y al público, que, en este caso, comprensivo, concede un margen de tolerancia a la faena, que se eterniza. Pero hay guasa, y en un punto de silencio, una voz se oye en el tendido:

—¡Qué tiempos aquellos. «señó» Curro!

El «señó» Curro, no por muy atento a las tarascadas traidoras del Miura, deja de intrigarse por el sentido nostálgico de la frase.

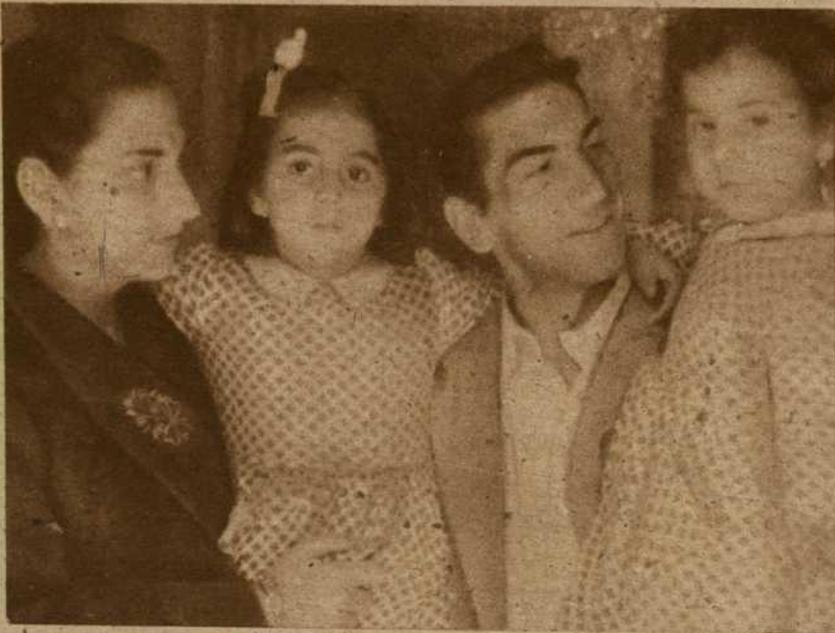
—¡«Señó» Curro, qué tiempos aquellos!

Y al fin —todo llega—, dobla fulminado el toro al décimocuarto intento de descabello. Entonces el espada respira hondo, limpia nerviosamente el estoque en la muleta y, empujándose en el estribo, dice, volviendo al espectador aquella su cara de rasgos mongoloides:

—Oiga «usté», amigo: ¿Qué «finojo» de tiempos son esos que «usté» ha «mentao»?

—Arse, pilli! —contesta el hombre—. ¿Qué tiempos habían de «sé», «señó» Curro? ¡Aquellos en que su «marse» «prenció» a «trasté» ese bicho!

GITANILLO DE TRIANA HA VUELTO A ESPAÑA



Gitanillo de Triana, que llegó a España el pasado sábado, acompañado de su señora y de sus dos hijas



Rafael Vega de los Reyes, Gitanillo de Triana

CUANDO entramos en casa de Gitanillo, el diestro está hablando por teléfono, y hasta nosotros llega la mitad del diálogo —la parte de Rafael, naturalmente—, que sostiene con un amigo. Hablan de Méjico, como es lógico, pues el gitano ha llegado el domingo en avión desde Lisboa, y las primeras palabras que recogimos son éstas:

—Una verdadera revolución, chico. EL RUEDO ha causado verdadera sensación en los mejicanos, que materialmente se lo bebían. Tanto es así, que ya se ha intentado hacer un plagio de la revista; pero nada, ¡ni parecérsele!

Y sigue la conversación por terrenos ya de un carácter más íntimo, familiar. Los chicos, la mujer...

Nos place, pues, que esta confesión haya llegado a nosotros sin que en ella se pudiera presumir el deseo de halagar. Y esto andábamos discutiendo, cuando nuestro gitano llegó hasta nosotros.

Saludos. Alegría de verse otra vez aquí y satisfacción por nuestra visita.

Le decimos nuestro agrado por lo que acabamos de oír.

—Pues, sí —contesta—. Ha sido un bólico vuestra revista. Algara llevó cuantas pudo, y allí, en El Torero, las regalaba a las amistades, que en cuanto lo supieron iban a verle todos los días.

—Bueno, hombre. Pues se agradece la noticia. Y dime, ¿cuántas corridas has toreado?

—Dieciséis. Tres en El Torero, y las demás por los Estados. En cinco he cortado orejas, y entre éstas, una, el rabo. Además he actuado también en Lima dos veces, para lo cual hube de trasladarme allí en avión.

—Y allí, ¿cómo estuviste?

—Blanco y negro. Mitad y mitad. Un día me tiraron todas las botellas que tenían a mano, y al otro me dieron las dos orejas. Son muy exaltados, tanto en Lima como en Méjico. Aquí, por muy contento que esté uno, no se pone a dar saltos de mono en el tendido.

—Pero la Prensa de allí no estuvo muy cordial, parece ser.

—La Prensa pegó lo suyo, y más. Pero es que nosotros no dimos ni un céntimo ninguno. Antes de ir se había llegado al acuerdo de no hacerlo, y de ahí los palos.

—Entonces, ¿vienes descontento?

—No, todo lo contrario. El público se ha portado maravillosamente con nosotros. Ya sabéis lo del recibimiento que nos hicieron. Eso es para haberlo visto; no se puede contar. Además, allí hay una gran afición; se sabe de toros, y el público nos ha tratado, en el ruedo y en todas partes, con gran cariño. A mí, personalmente, me han

—Y el ganado, ¿qué tal?

—Las corridas salen con más kilos que aquí; pero los toros son más flojos y llegan muy agotados a la muleta, por lo que hay que tirar mucho de ellos para lograr unos pases. De todas formas, a pesar del ganado, hemos hecho muy buenas faenas y hemos gustado mucho, porque nuestro toreo es distinto del que actualmente se realiza allí. Estamos más centrados y más adelantados que ellos, naturalmente, porque esto, al fin y al cabo, es la cuna del toro, y así tenía que ser. Por otra parte, en Méjico, la lidia se lleva de una manera muy desigual.

—¿Y eso de la alternativa?

—¡Ah!, sí. Cuando yo llegué me lo dijo Algara. Yo me negaba, porque no me parecía razonable. En todo caso, se podía admitir como una deferencia al público mejicano y después de decirlo en los periódicos, antes de nuestra actuación. Pero me llegó el día de mi presentación, cogí la muleta y la espada y me fui hacia la presidencia. El mismo presidente me hizo señas de que no; el público empezó a gritar, y tuve que volverme hacia donde se encontraba El Soldado para cambiar los trastos. En fin, después de todo, uno se sentía joven, porque se me iban de encima diez años, los mismos que hace que tomé yo la alternativa. Y así ha sucedido con todos, menos con Gallito, que no la ha confirmado.

—En resumen, ¿contento de volver allí?

—Sí, mucho. Allí se puede ganar mucho dinero, y además se torea a gusto. Como ya te he dicho, el público entiende mucho.

—Y ahora, en España, ¿qué?

—Pues muchas ganas de "montarme" encima de los toros. De cuajar una buena faena en la primera que toree, para lograr una gran temporada. Si esto no se logra, no será por falta de ganas.

Empieza a intervenir Manzano con su máquina. Y como aun queda una maleta por abrir, lo hace, porque esa foto es muy de ambiente de llegada. Entran las dos pequeñas de Rafael —el chico está en el colegio— y su mujer. Más fotos. ¿Otra con una cosa típica mejicana? ¡Cál!, no puede ser. El se ha dejado todo el equipaje en Filadelfia. Cuando tuvo que embarcar, no habían llegado los baúles y maletas. Allí, pues, están los vestidos, y los estoques, y los regalos, y todo. Para el próximo domingo, que tora en Lisboa con El Estudiante, y Vicente Barreira, tendrá que hacerse un traje, porque todo se quedó.

Otra foto más con la maleta, en la que han dejado su huella los Hoteles de dos Continentes, y las "paques" de Rafael, que reclaman un sitio cerca para ver las cosas que papá ha traído de América.

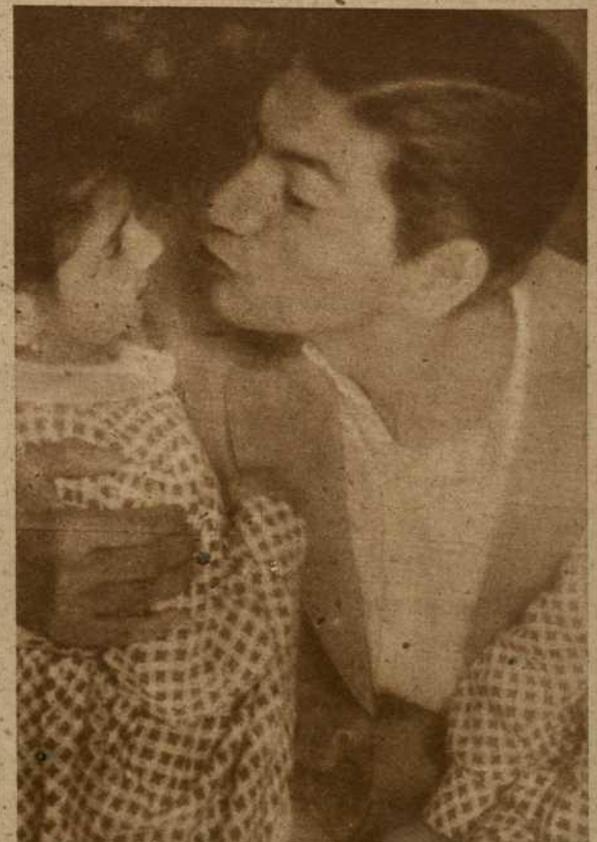
Ha toreado dieciséis corridas; en cinco ha cortado orejas, y se ha dejado todo el equipaje en Filadelfia

—Entonces, ¿vienes descontento?

—No, todo lo contrario. El público se ha portado maravillosamente con nosotros. Ya sabéis lo del recibimiento que nos hicieron. Eso es para haberlo visto; no se puede contar. Además, allí hay una gran afición; se sabe de toros, y el público nos ha tratado, en el ruedo y en todas partes, con gran cariño. A mí, personalmente, me han



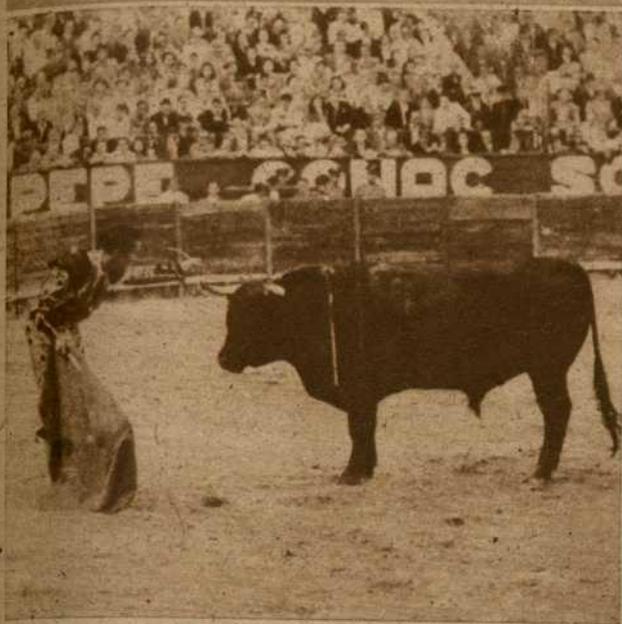
Gitanillo de Triana, que se ha dejado en Filadelfia todo el equipaje, abre la única maleta que pudo traer consigo



Rafael Vega de los Reyes, jugando con una de sus hijas, a su regreso de Méjico. (Fotos Manzano.)

PRIMERA DE FERIA EN JEREZ

TOROS DE TOVAR
EL ESTUDIANTE
SILVERIO PEREZ
LUIS MIGUEL DOMINGUIN



Después de los primeros pases ligados en la faena de muleta, Luis Miguel Dominguín se adorna, cogiendo uno de los pitones del bicho.



Las cuadrillas, esperando el momento de hacer el paseo, Silverio Pérez, Luis Miguel Dominguín y El Estudiante, que compusieron el cartel de la primera de feria en Jerez.



Con las rodillas en tierra, realizando la faena con su valor, El Estudiante consigue un pase por alto, aguantando firme la embestida del toro.



La faena de Dominguín ha sido coronada por el éxito. Con los trofeos logrados, saluda al público, que le ovaciona.



Luis Miguel Dominguín inicia su faena de muleta con un pase en redondo con la mano derecha.



En el primer toro que le tocó lidiar, el mejicano Silverio Pérez brinda al diestro Juan Belmonte, que ocupa una barrera.

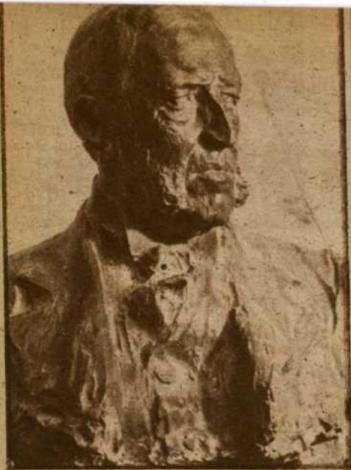


El mejicano Silverio Pérez en el primer toro que lidió el domingo en Jerez. Después de un natural, cambia la muleta de mano e intenta el pase por alto.

El Estudiante, primer espada que actuó en la Plaza de Jerez, brinda uno de sus toros al rejoneador don Alvaro Domecq.

Luis Miguel Dominguín brindando su primer toro a don Ramón Artigas, que asistió a la primera de feria. (Fots. Arenas.)





Busto del duque de Veragua, original de Benlliure

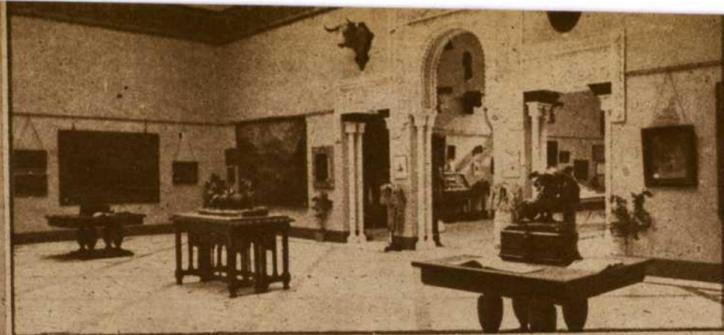


Retrato de Emilio Bomba, de Gonzalo Bilbao



Escultura de Belmonte en piedra, de Sebastián Miranda

Retrato de un picador, de Rodríguez Losada



Un ángulo de la Exposición, que con tanto éxito se está celebrando en Sevilla



El alcalde de Sevilla con el señor Toro Buita, que ha dirigido la Exposición, y José Ignacio Sánchez Mejías



Una de las salas, en la que las chaquetillas y capotes ponen la alegría de sus lentejuelas y bordados de oro

LA EXPOSICION DEL ARTE DEL TOREO

Más de medio millar de interesantísimos documentos, cuadros y carteles... que pocas veces volverán a reunirse

MEDIO millar de piezas valiosísimas —y variadísimas— forman en esta Exposición Nacional del Arte del Toreo que Sevilla ofrece a la curiosidad de propios y extraños en el espléndido marco del pabellón mudéjar de su plaza de América. En esa completísima colección, donde se ofrece, junto al capote de vivos colores, la talegulla sangrienta del ídolo roto, y donde se dan, al lado del cartel del pasado siglo, el cuadro famoso, halla el aficionado motivos abundantes de gozo y emoción. Allí está la historia del Arte del Toreo, desde su arranque inicial y prehistórico hasta la más moderna expresión gráfica de la fiesta.

EL TORO EN LA PREHISTORIA

¿Cómo era el toro en la prehistoria? El "bos primigenius" era mayor y de más aparatosas defensas que el toro actual. En la Exposición hay un fragmento de cornamenta encontrado en las arenas del Manzanarés, que parece pertenecer al período pleistoceno, cuando todavía el hombre no había hecho su aparición sobre la tierra. En las pinturas rupestres halladas en Candamo (Asturias), en las rocas del Prado de Navazo (Albarracín) y el abrigo rocoso de Minateda —de las que existen en la Exposición reproducciones varias— se prodiga la figura del toro sobre los otros animales: ciervos, búfalos, etc.

Dentro ya de la historia tenemos las reproducciones de los célebres vasos de Vaphio, obras maestras del arte cretense, cuyos originales se hallan en el museo de Atenas. En dichos vasos se presentan, en bajorrelieve, la captura de toros bravos. Hay también una copia de la pintura mural existente en el Palacio de Cnossos (Creta), que figura un juego de aquel pueblo, que tanta importancia daba a los deportes. Dicho juego consistía en saltar sobre los cuernos de un toro, aprovechando su impulso, para dar la vuelta sobre el lomo del bicho. Otra pieza histórica es el toro ibérico de piedra hallado en el fondo del Guadalquivir, en las proximidades de Alcalá del Río. Esta escultura puede fecharse hacia el siglo III antes de J. C.

LA FIESTA DE TOROS EN LA EDAD MODERNA

Del toro ibérico (manifestación artística que pudiéramos llamar nacional) hay que saltar varios siglos, vacíos de referencias taurinas. De la edad moderna —hacia 1535— tenemos, en la Exposición, un dibujo del pintor holandés Cornelio Vermeyer, que representa una corrida de toros en Avila, con asistencia del Emperador Carlos V. De algunos años después es el cuadro de Béjar, donde además de una panorámica de la ciudad y su contorno, con alusiones a su flora y a su fauna, hay una fiesta de toros que permite reconstruir interesantes detalles de la época.

LAS PRIMERAS EXPRESIONES GRAFICAS DEL TOREO A PIE

En el siglo XVIII el toreo se convierte en oficio. Los caballeros abandonan la práctica de este difícil arte y surge, entonces, el toreo a pie. Las primeras manifestaciones gráficas que existen figuran en la Exposición. Son dos grabados de don Juan de la Cruz, el pintor hermano del saint-ro don Ramón, obras desconocidas hasta ahora y que han sido presentadas por el investigador y bibliófilo don Roque Pidal, a cuyos trabajos se deb: gran parte del éxito de esta Exposición. Estos dos grabados —el bandrillero y varillaguero— pertenecen a una colección, desaparecida en gran parte, que recogía los trajes españoles de aquella época. Del mismo don Juan de la Cruz son los retratos, más conocidos, de Costillarés y de Pedro Romero.

GOYA Y CARNICERO

En la Exposición están también el álbum de grabados de la Tauromaquia de Goya (treinta y tres láminas), cedidas para el certamen por la Biblioteca Nacional; dos cuadros con

figuras de estado de la misma colección; las cinco litografías llamadas "de Burdeos"; las pruebas de estado de la Tauromaquia de Goya, de Cardenera; la colección de las suertes del toreo, dibujada y grabada por Antonio Carnicero; la colección veneciana de la misma obra, etc.

LA PINTURA TAURINA EN EL SIGLO XIX

En el siglo XIX abundan los pintores de temas taurinos. Además de Goya —sol que hay en la Exposición un cuadro que representa la muerte de Pepe Hillo y la cabeza del toro que lo mató— figuran "La cogida de Pepe Hillo" y "Capea en el pueblo", de Lucas; retratos de Desperdicios, de don Rafael Pérez de Guzmán, de Cárpatos, de Curro Guillén, del Espartero, etc. Hay también una colección de portadas de "Sol y sombra" y "El encierro" y "El paseo de las cuadrillas", cuadros originales de Miranda (de 1855).

SEVILLA EN LA EXPOSICION

Sevilla está presente en la Exposición del Arte del Toreo en numerosos cuadros, grabados, recuerdos... Tales son, por ejemplo, un cuadro que representa la plaza de San Francisco, preparada para una fiesta de toros y cañas en 1730, obra propiedad del Ayuntamiento sevillano; otro, original de Alexander Prevost, propiedad del Duque de Alcalá, que representa una corrida en la Maestranza, cuando aun se hallaba la Plaza sin terminar (de 1875); varias obras que tienen por escenario las afueras del antiguo Matadero de Sevilla; los conocidos grabados de Robert, Lake Pribé, Deroy, etc.

LAS NOTAS TRAGICAS

En una Exposición del Arte del Toreo no podían faltar las notas trágicas. En vitrinas distintas se presentan: la talegulla que llevaba puesta el Espartero cuando fué cogido moribundo

te por el toro Perdígón; el chaleco de Pepete, con el agujero que sobre el pecho, le produjo el toro Jocinero, de Miura; las medias que tenía puestas Joselito la tarde que perdió la vida en Talavera; el cuerno que cortó la carrera brillante del Tato; los carteles anunciando las corridas en que hallaron la muerte el Espartero y Joselito; la cabeza del toro Jocinero; la última montera que usó Ignacio Sánchez Mejías, y la chaquetilla que llevaba Reverte el día de la cogida de Bayona.

EL ARTE MODERNO Y LA FIESTA DE TOROS

El arte de nuestros días, en su relación con la fiesta de toros, está asimismo brillantemente representado. En la Exposición figuran varios grupos escultóricos de Mariano Benlliure ("El encierro", "Romaneando", "El primer tumbó", "La estocada de la tarde", etc.); un busto de Juan Belmonte, tallado por Juan Cristóbal; otra escultura de Juan, en piedra, obra de Sebastián Miranda; "Acudiendo al quite"; un toro de tamaño natural, hecho en barro por Castillo Lastrucci; el cuadro de Belmonte, de Zuloaga; un apunte del toro Perdígón, hecho por Vázquez Díaz; un retrato del Bomba, original de Gonzalo Bilbao, etc.

OTROS DOCUMENTOS Y OBJETOS DE INTERES

Hemos pasado revista sumaria a la Exposición, pero quedar algunos documentos y objetos que no queremos dejar de citar. Tales son:

La bula de San Pío V prohibiendo, bajo penas gravísimas, las corridas de toros. Está escrita en portugués y está fechada en Evora el 1573.

Real cédula de Carlos IV, de 1805, prohibiendo también las corridas.

Varias colecciones de carteles en seda. Y un capote lorqueño que estrenó Joselito en Sevilla en 1917, y que es una verdadera obra de arte.

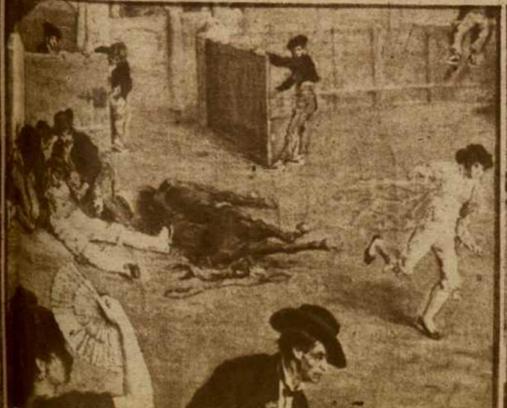
"El primer tumbó", escultura de Benlliure en bronce



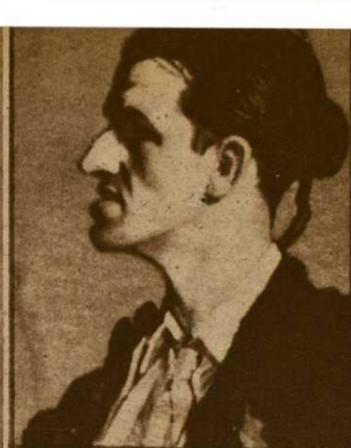
Un fragmento del cuadro de Prevost que representa una corrida en la Maestranza en el año 1875



Otro fragmento del cuadro de Prevost, en el que se observa el admirable realismo



"La estocada de la tarde", escultura en bronce de Benlliure



Detalle del cuadro de Juan Belmonte, pintado por Zuloaga



"Picador herido", Figuras de talla vestidas a la época de Goya



Otras dos figuras de toreros de la colección del duque del Infantado

"Torero". Cuadro romántico atribuido a uno de los Bécquer (Fots. Luis Arenas)



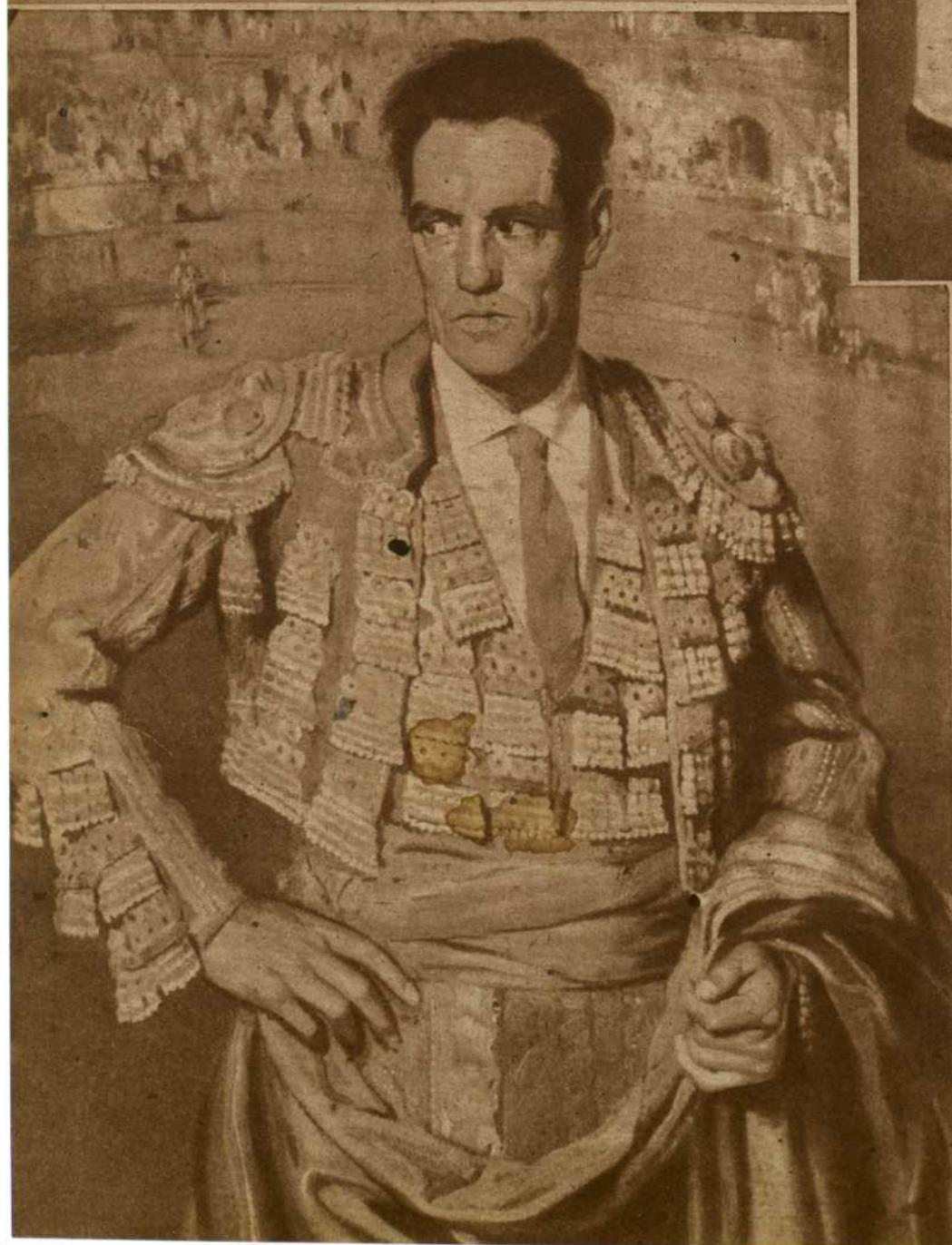
Los toreros y las majas en la pintura de FRANCISCO SORIA AEDO

Por MARIANO S. DE PALACIOS

Los tendencias raciales se unen y juxtaponen en la pintura llena de luz y color, acusadamente personal, de Francisco Soria Aedo. De un lado, el andalucismo, como lógica derivación de sus inclinaciones nativas, y de otro, la apología pictórica hacia Castilla como consecuencia de una honda devoción admirativa. Nace en Granada el pintor, cuando el siglo XIX acaba, a la par que finaliza toda una escuela pictórica, que aun da razón de existencia en los primeros años subsiguientes, iniciación de la centuria actual, como si el género y la temática, los principios creativos de la escuela realista y romántica, la técnica que sirviera para caracterizar todo un período evolutivo de la pintura española, se defendiera y luchara por persistir y mantenerse en el ambiente artístico nacional.

Soria Aedo, que ha nacido, al fin y al cabo, como se apunta, en el siglo XIX (1897), es más hijo de la escuela predominante que de las nuevas rutas pictóricas que ya se apuntan y señalan, acaso sin calor vital exportadas desde los centros artísticos y las tertulias de "snobistas", en los pintorescos estudios enclavados en el viejo Montmartre, en la no menos vieja y cosmopolita ciudad de París.

Soria Aedo no se deja seducir por las nuevas tendencias, los nuevos caminos o estilos que se le ofrecen y presentan, y español por antonomasia, sus pinceles se mueven ágiles dentro de un área que no entiende, ni somete a otras devociones que las que acusan un marcado españolismo. Tan seducido está por Andalucía y Castilla, que fuera de sus lienzos de asunto decorativo, bucólico o de leyenda, sus temas van y vienen de una a otra región, extendién-



dos algunas veces hacia Marruecos, de donde saca los tipos árabes, en los que acaso encontremos concomitancias y reflejos en esos gitanos y gitanas que su admirable arte creativo plasmó, arrancados del Albaicín granadino. Y claro está que Soria Aedo no podía dejar de sentirse atraído o dominado también por el tema o asunto taurino, al que no sólo se somete y presta la debida y acusada atención, sino al que aporta acaso lo más interesante y trascendente de su pintura.

Porque desde "La maja y los toreros" y "Toreros y paisanos", de semejante factura, a "Torero", pasando por su cuadro "Torero viejo" y "Torarillo", nos parece que Soria Aedo, pintor que sabe de todos los homenajes y halagos que da el arte, nos parece, digo, que su espíritu fluctuó, indeciso y enamorado, de Andalucía a Castilla, queriendo recoger la más rancia solera espiritualista e idiosincrásica de ambas regiones. Obsérvanse esos tipos en "La maja y los toreros", cuyo perfil y silueta de uno de ellos tiene todo el carácter gitano, todo el anadalucismo racial característico de aquellas tierras, y junto a él, esa maja, más castellana que andaluza, que el artista parece que sacó más de esa Avila amurallada, que le dió motivo a sus bellos lienzos "En el mercado" y "Nochebuena en la aldea", que de las rejas floridas de una calleja perfumada y misteriosa. Castilla y Andalucía, con un fondo goyesco de una ermita que nos recuerda, no sabemos por qué, la de San Antonio de la Florida, mientras un picador se pierde entre las brumas del fondo, cabalgando, acaso, hacia un coso taurino que lo mismo puede ser el de la vieja Plaza de Toros de la carretera de Aragón, no ha mucho derruida, que la que Fernando VII honró en la Puerta de Alcalá, en las mejores épocas del toro.

En su cuadro "Torero", que también ilustra esta plana, Soria Aedo nos ofrece la estampa —todos conocemos al modelo— de ese diestro que en pueblos y aldeas tostadas por el sol dejó un día su sangre y heroísmo nato en busca de la fama que alcanzó no sin riesgo.

En la historia de la pintura taurina que venimos semanalmente, y para EL RUEDO, escribiendo, queda la de Francisco Soria Aedo como una de las más características e interesantes, tanto por la bondad de su técnica como por su esmerada y sugestiva composición.

En esta plana: "La maja y los toreros" y "Torero viejo", dos cuadros originales de Soria Aedo

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

DON RAMON HERRERA

VIO UNA CORRIDA EN PARIS

Las despedidas de Lagartijo y Guerrita

UNA PLAZA DONDE TIRABAN MELONES Y SANDIAS A LOS PICADORES



PARA nadie es un secreto que don Ramón Herrera es el número uno en la interminable lista de entusiastas admiradores de Manolete. En un aficionado de su edad —don Ramón ha cumplido hace pocos días los setenta años—, esto tiene una importancia y una significación. Generalmente, por lo que yo he podido deducir a través de estas charlas, el aficionado viejo y el viejo aficionado hablan con regusto añorante de las épocas del toreo ya pasadas y se deciden casi siempre por «lo de ayer». Don Ramón, sin embargo, está con el hoy, y para él nunca ha alcanzado la fiesta taurina el alto nivel que en todos los aspectos tiene ahora. Y eso que don Ramón lleva viendo corridas desde hace muchos, muchísimos años...

—Mire usted, yo le puedo hablar del Guerra, y aun de antes del Guerra. He conocido diversas épocas del toreo, he seguido a muchos toreros por las Plazas de España, y, desde luego, como se torea hoy, como torea hoy Manolo, no se ha toreado jamás. Ha habido, eso sí, toreros formidables, y con algunos me ha unido una amistad fraternal. A Fuentes le conocí en mis tiempos de estudiante, en Valladolid, y conviví mucho con él. Era de un valor excepcional, de una elegancia arrogante... Sí, Antonio es de lo más grande que yo he conocido. Claro que también el Guerra... Bueno, éste era un carácter, dentro y fuera de la Plaza. Y un torero con tantas facultades, que, hacia atrás, corría más que los toros. Me acuerdo que una vez iba a torear y estaba lloviendo mucho. El Guerra subió a la presidencia para ver lo que se decidía, y entre tanto soltaron el toro. Entonces el Guerra dijo lo matara el presidente, ya que él había ordenado que abrieran los chiqueros. Usted ya sabe que en el ruedo él que manda es el matador...

—Cuando no manda el toro, sí, señor.

—Estando el Guerra en la arena, allí no había más amo que él.

—Y en qué acabó la cosa?

—En que se lo llevaron a la cárcel y no lo soltaron hasta las once de la noche.

Y antes del Guerra, ¿recuerda usted haber visto a algún espada famoso?

—He visto a Lagartijo. Fuimos de Santander a Bilbao para ver su despedida en esta Plaza. Por cierto que estuvo muy mal, como en las otras cinco o seis Plazas en que dijo público adiós a la afición. También me acuerdo cuando se retiró Guerrita, porque es un detalle del carácter tan personal de este hombre. Fue en Zaragoza. Allí iba él siempre a la misma pensión. Esta es una costumbre de todos los toreros cordobeses. Vuelven siempre a hospedarse en los mismos sitios en que lo hicieron cuando empezaban la carrera y los modestos medios no les permitían alojarse en los grandes hoteles.

—Bien; pero la retirada del Guerra...

—Ocurrió sin esperarlo nadie. Cuando terminó la corrida, mandó poner cuatro telegramas a su familia y a algún amigo íntimo, y sin más escándalo se cortó la coleta. ¡Qué hombre aquél! En una ocasión se lidiaban en Madrid toros de Castellones. El ganadero era amigo suyo, y al Guerra le tocó un manso que estaba pidiendo fuego. El Guerra se fué a la barrera y cogió las banderillas corrientes. Le puso cuatro pares, a cuál mejor. Le preguntaron luego el porqué de aquel gesto, y dijo, secillamente: «Porque a ningún toro de ningún amigo mío se le foguea estando yo en la Plaza.»

—¿A qué otro torero de ayer ha conocido usted?

—Tuve buena amistad con Reverte, y estuvimos juntos en Dax porque los banos de barro le sentaban bien para una herida que había tenido en la pierna. En Valladolid le vi yo a Reverte encerrarse con seis toros de Darrereros, el día de Santiago, en una tarde que no se me olvidará nunca, porque yo creo que es la corrida, de todas las que he visto, que ha durado menos tiempo. Cinco cuartos de hora exactamente. Y salió a estocada por toro.

—¡Vaya triunfo!

—Corridas como aquella se veían pocas. El que también me gustó mucho, extraordinariamente, fué Belmonte.

—Pero como Manolete...

—¡Como Manolo, nadie! A veces pienso si me regará la pasión, la amistad que nos une... Pero creo que no. Creo que si no le conociera seguiría pensando lo mismo. Para reforzar mi opinión tengo un testigo de mayor fuerza, y es ese gran aficionado que se llama conde de Heredia Spínola, y que, con sus ochenta y cuatro u ochenta y seis años, no se pierde una corrida de Manolo. ¡Y eso que el conde sabe de esto de toros y toreros un rato pero que muy largo!

—Usted también se pierde pocas corridas en las que actúe el cordobés, ¿no es eso?

—Por mi gusto, no me perdería ninguna. La temporada pasada le vi en setenta y nueve de las noventa y tres que toreado, y en ésta «llevarnos» once y sólo me he perdido la de Murcia. Con Fuentes también iba a todas partes, pues, como le he dicho, nos hicimos amigos en Valladolid, ya que Antonio, aunque nació en Sevilla, se crió en la vieja ciudad castellana. En Valladolid es donde surgió aquello del cura Solís.

—¿El cura Solís?

—Sí; había una ganadería a la que llamaban del cura Solís. Estos toros no eran muy buenos, y un espectador, que tenía un vozarrón enorme, soltó un día desde el tendido:

*Señor cura, señor cura,
los toros que usted nos da,
ni son toros ni son na,
ni chicha ni limoná.*

Al que vi también en mi juventud fué a Quinito. ¿Y a que no sabe usted dónde he visto yo torear a Litri, padre, y a Lesaca?

—Usted dirá.

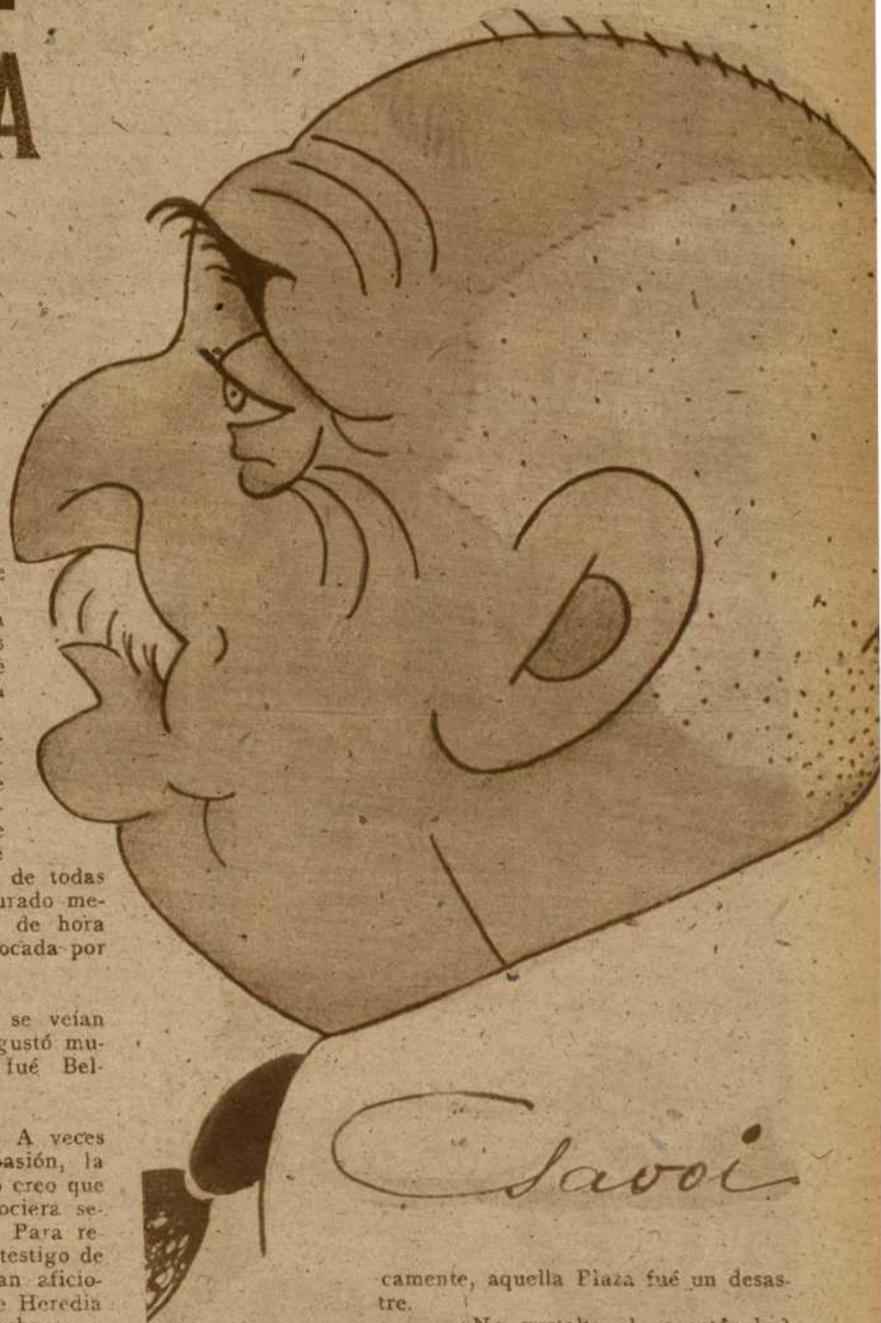
—En París.

—¿En París... de Francia?

—¡A ver, si no, dónde está París?

—Es que se me hace raro.

—Pues en París hubo una Plaza cerrada, que fundó el duque de Veragua, y de la que Mazzantini creo que llegó a tener acciones. Económi-



camente, aquella Plaza fué un desastre.

—¿No gustaba el espectáculo?

—Poco, poco...

—¿Usted cree que decae la fiesta?

—¿Qué va! ¡Si está como nunca! La afición es más grande cada día. Se pagan las entradas como no se han pagado nunca; se dan más corridas que nunca; se torea como nunca, y hasta las mujeres van a la Plaza en cantidad como no han ido nunca. Con que dígame usted dónde está el síntoma de la decadencia...

—Es que dicen que los toros de ahora...

—Eso se ha dicho siempre. Acuértese usted de los verositos del cura Solís. Todo eso de los toros grandes y chicos y la casta y el poder son cuentos de camino. Ese es un disco que estoy oyendo desde la primera vez que fui a los toros. Lo que sí era antes el público era más... pintoresco. En Palencia vi yo un cartel que decía: «Se prohíbe entrar melones y sandías a la Plaza; si no están sin corteza.» Y es que se los tiraban enteros a los picadores, y de vez en cuando tenían que suspender la corrida para que los barrenderos limpiaran el ruedo.

—Usted que tanto conoce a Manolete, ¿cómo es este torero, tan serio en la Plaza, cuando no está en ella?

—Querido amigo: Manolete está serio en la Plaza porque su toreo no es cosa de chufia. Y, además, que le tiene mucho respeto al público. Fuera de ella es un muchacho simpático y ocurrente, amigo de la broma y lleno de cordialidad. Es algo tímido cuando está con personas extrañas, pero no cuando hay confianza. Y otra cosa:

—Le escucho.

—La personalidad de Manolete, como la de todos los que llegan a figuras en cualquier manifestación, hubiera destacado igualmente en otra actividad, arte o profesión.

—En qué se basa para decir eso?

—Por ejemplo, la segunda vez que cogió una raqueta en el frontón, ya llamó la atención de los profesionales. Y en la película que empezó a hacer, yo le he visto interpretar dos escenas, y le aseguro que sirve para actor. Y de esto sí que creo que sé algo...

¡Ya lo creo! Como que don Ramón Herrera, manolete número uno, se ha pasado toda la vida dedicado a sus empresas de teatro, ha lanzado artistas que se han hecho célebres y tiene una experiencia escénica que sólo es superada por su gran afición a los toros.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

CONCHITA CITRÓN, en Sevilla



Conchita Citrón, con el diestro Manolete, en un descanso de la tiente realizada en la ganadería de Cristina de la Maza



Conchita Citrón posa para el fotógrafo durante la fiesta celebrada en el tentadero de Cristina de la Maza, que aparece junto a ella

“Es el primer toro que dejó vivo...”

Las lágrimas de la rejoneadora

ENTRE los aplausos de la multitud —gratamente impresionada por el arte sin par de la gentil

rejoneadora—dió la vuelta al redondel ilustre de la Maestranza Conchita Citrón... Iba, como las as de nuestra torería, devolviendo sombreros, repartiendo sonrisas, agradeciendo, en fin, los aplausos que se le otorgaban. Después se quedó en el callejón entre los toreros, mientras veía morir su toro, sin que fuese su mano,—leve y fina— la que empuñara el estoque. Por eso, porque el toro caía sin que ella estuviese cerca de su agonía, Conchita dejó escapar furtivamente unas lágrimas, que tuvo buen cuidado de ocultar a la indiscreción de los fotógrafos.

—¿Qué es eso, Conchita?

—Pues que es el primero que dejó vivo...

Sin embargo, la batalla es ya ganada. El público, convencido —apenas dió Conchita las primeras galopadas por la Plaza— de su fina escuela, de su seguridad sobre el caballo, de su perfecto conocimiento de la lidia montada, aplaudía una y otra vez.

Aquella tarde un gran aficionado, ex torero por más señas, nos decía al salir de la Plaza de la Maestranza:

TIENEN RAZON QUE ES UN MAESTRAZO

—Si esta muchacha aplica el conocimiento que tiene del toreo a caballo a las faenas a pie, tienen razón los que afirman que es un maestrato.

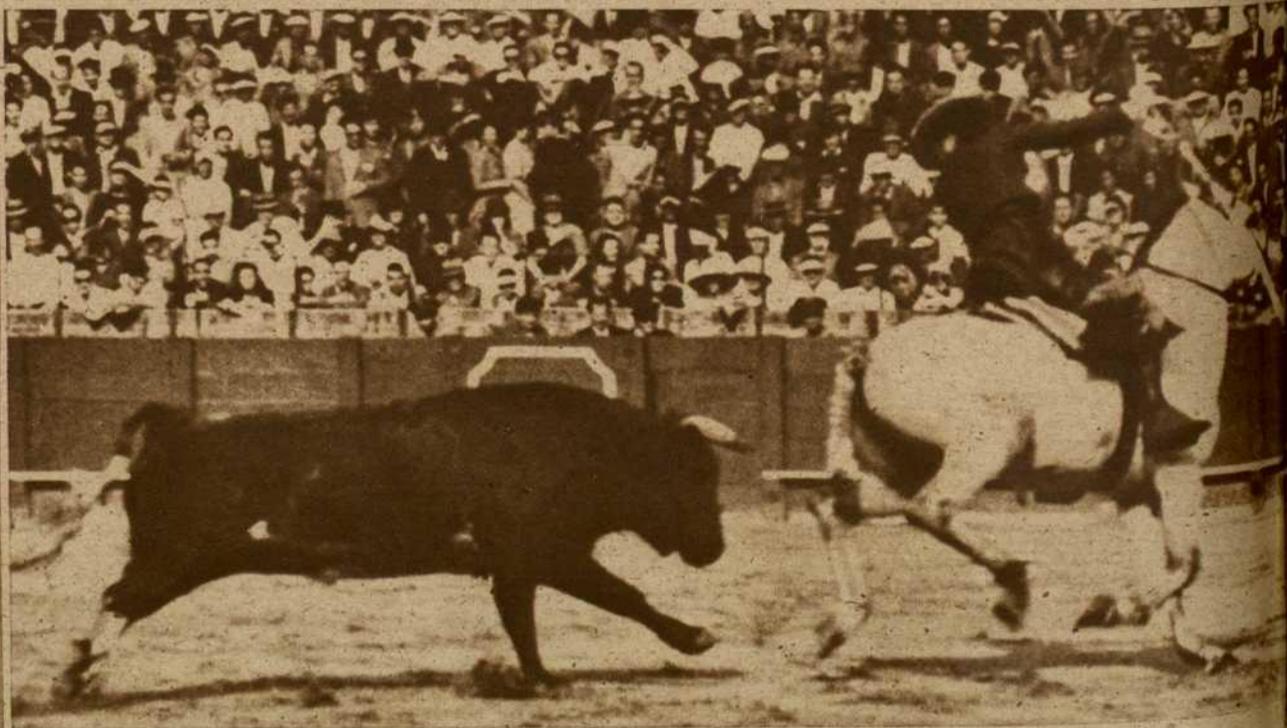
Pocos días después tuvimos ocasión de comprobar lo que de Conchita Citrón habíamos leído: que con la capa y la muléta era también excepcional, que podía torear sin que su condición de mujer significase inferioridad alguna. Fué en un tentadero de la joven ganadera Cristina de la Maza. Conchita demostró ante el nutrido grupo de invitados —en el que no faltaban ganaderos, toreros,



Conchita Citrón muestra su arte soberano con la facilidad de uno de los más consagrados diestros. En este molinete con la muléta dejó un grato recuerdo



En el tentadero de Cristina de la Maza ha derrochado su toreo, que no pudo exhibir en la Maestranza. Un natural, lleno de gracia y perfección



Fino galopar, jugando con el bicho, Conchita preparándose para clavar uno de los rejones en la presentación que realizó en la Maestranza

LO QUE LA GENTE VIO EN LA MAESTRANZA Y LO QUE NO VIO

Gran torera a pie

Una faena en el tentadero de la ganadería de Cristina de la Maza



Conchita Citrón habla con el conde de la Maza y su hija Cristina. Testigo es el profesor de la rejoneadora, el portugués Ruy da Cámara.

periodistas, etc.— que el torero a pie no tiene para ella secretos. De la misma forma que sobre el caballo pisa los terrenos del toro sin temor, pie a tierra, Conchita sabe dónde tiene que colocarse para que su labor resulte lucida y no haya riesgo temerario. Con la capa luchó con las novillas, cerrándolas sobre el caballo del tentador, para la conocida prueba. Después con la muleta nos regaló con un repertorio variado y magnífico. Pases por alto, muletazos en redondó, naturales, molinetes, pases del delantal... Y hasta simuló la suerte final, llegando con la mano al lomo de la res.

PUEDE HACERLO CON NOVILLOS DE MAS RESPETO.

El señor Ruy da Cámara, que acompañaba a Conchita, nos aclaró que eso mismo podía hacerlo la muchacha con novillos de más respeto...

—Ya habrá usted visto con qué tranquilidad anda por la Plaza, cómo sabe salirse del toro, qué bien domina todas las suertes...

—¿Y habrá posibilidad de verla torear pie a tierra en alguna Plaza?

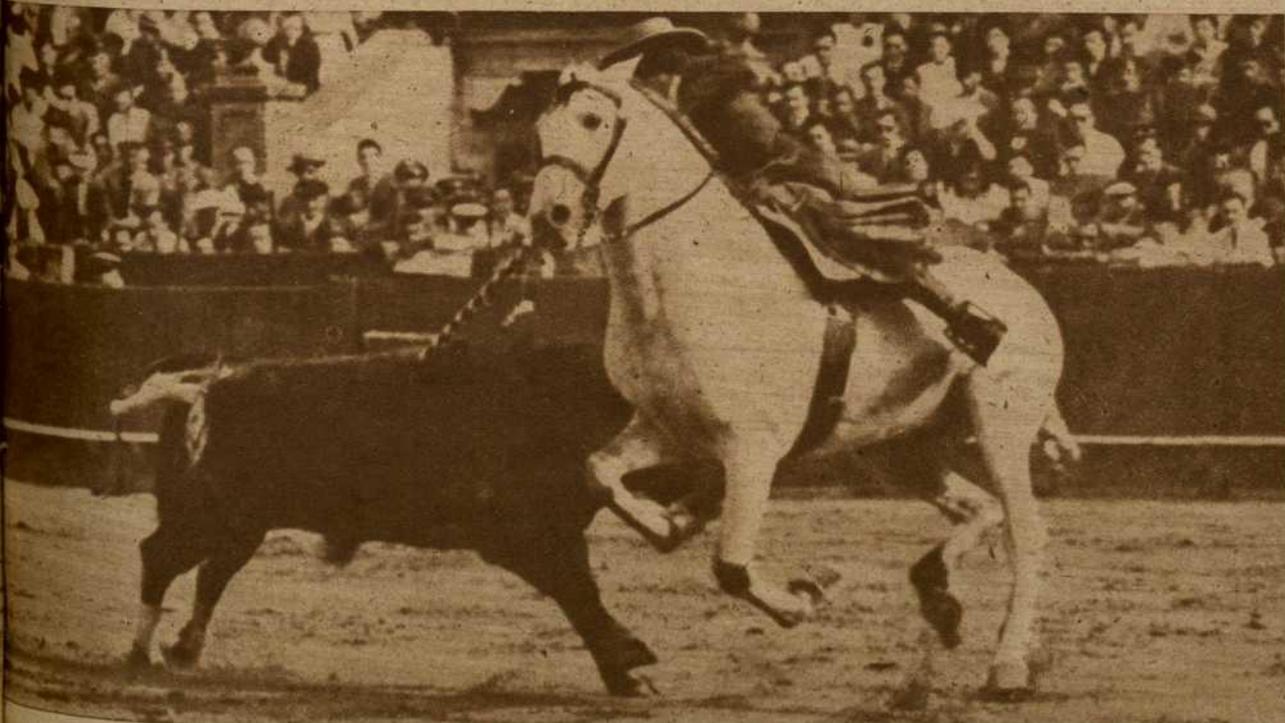
—Ya veremos...

Y Conchita —que ni en traje campero pierde su encanto femenino, que corona su figurilla frágil con un peinado ingenuo, rematado por un gran lazo de terciopelo— sonríe cerca de nosotros al escuchar las palabras de su maestro.

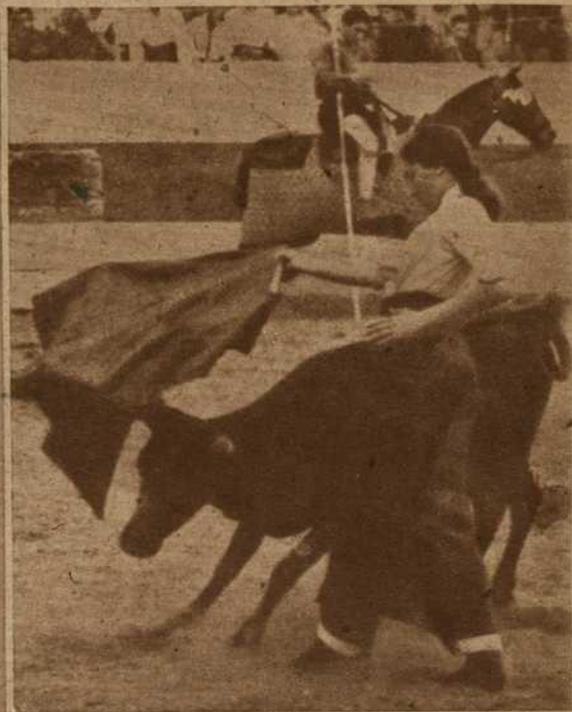
¡Qué distantes en el recuerdo se nos parecen ahora esas viejas estampas de las señoritas toreas, de abultadas caderas, que algunas veces sorprendemos en las revistas de toros del otro siglo!

F. N. G.

(Información gráfica Arenas.)



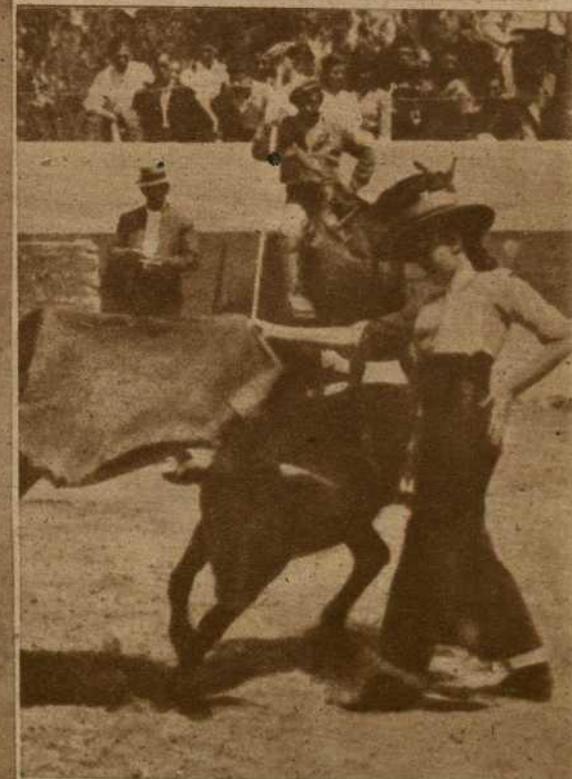
De cara al enemigo, exponiendo mucho, Conchita Citrón ha realizado su labor en este magnífico rejón que coloca



Firmeza en la faena. Temple en los pases. Así toreó Conchita en el tentadero de Cristina de la Maza



Un afarolado pase de la rejoneadora chilena, que se destapó como una consumada figura



Un pase por alto de Conchita Citrón en la fiesta campera

EL SABADO, EN VALENCIA

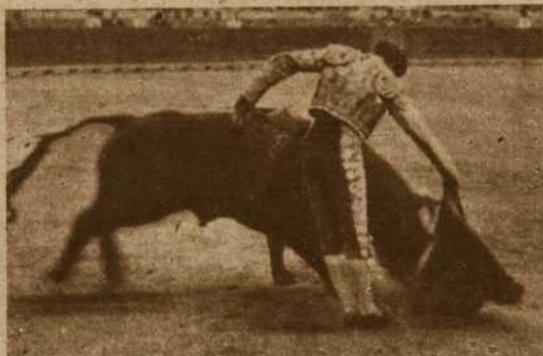
ARRUZA, MONTANI Y PEPE MARTIN VAZQUEZ



Carlos Arruza en un apretado muletazo en la corrida celebrada el sábado en Valencia



Montani pasando de muleta a su primer toro con una rodilla en tierra



Pepín Martín Vázquez en un pase con la derecha en la corrida de Valencia



Martín Vázquez y su triunfo

Arruza, después de su éxito
(Fotos Vidal.)

CONSIDERACIONES Y RESULTANDOS

PEQUEÑOS RITOS

Por JOSE CARLOS DE LUNA

Los aficionados a observarlo todo, encuentran en los pequeños detalles material suficiente para un monumento de consideraciones y resultandos.

Los pequeños ritos que ilustran las corridas de toros forman un acervo que desmenuzado con paciencia y ciencia dan la clave de problemillas que la modernidad oscurece diluyendo los conceptos axiomáticos.

Si el anterior parrafito con pujos de introducción nos deja en ayunas, atacando la tesis sin rodeos ni circunloquios, ahorraremos aclaraciones y distingos.

Comienza el espectáculo, si no público, desde el tradicional momento en que los toros, adquiridos por la Empresa, pasan a la jurisdicción de ésta, bajo la tutela convenida y asalariada vigilancia del *tonocedor* que destacó el ganadero para acompañar los seis cajones de mercancía viva en ruta de su destino, y *certificar* luego la muerte de los *bichos* *facturados*. Y aquí comienzan las modernidades del ritual: antes, el *conocedor* o *ayuda*, en funciones de ayo, daba agua a las reses, cuidaba que las maniobras ferroviarias no desquiciasen la carga a topetazos y de que la mercancía no se estancase; el hombre, vestido con su mejor ropa corta, comía de *navaja* queso y chorizo, contentándose con cuatro sorbos de vino en rama y con un modestísimo hospedaje cercano a la Plaza. Ya los toros en los corrales, los cuidaba con mimo hasta enchiquerarlos, y, por fin, *tragaba paquetes* o se esponjaba en la *meseta* de toriles.

La cuenta de sus gastos oscilaba entre las mil y mil quinientas pesetas, que la Empresa satisfacía con el plus de la propina.

¿Ahora...?

¿No sabéis que a los toros se les da a beber agua mineral?

¡Que miento!

Escuche usted, amigo: he visto la cuenta que formula, por gastos, el acompañante de la corrida que se lidió en Málaga el Domingo de Resurrección, y en su importe de 3.600 pesetas (!) hay una partida de 368 de agua para los toros. No especifica la marca y supongo que, no sería Mondariz o Borines, que la absorben los coches-camas; pero mineral tendrá que ser; ¡digo yo!

El abuso, y la complacencia, más o menos discutida, de las Empresas, que, lápiz en funciones, el público lo paga. Se susurra que, en ocasiones de repique a glorias, se somete a los toros, ya en los chiqueros, a determinados y crúeles procedimientos de quebranto. No lo queremos creer. Solamente puede comprobarse la semidieta en los corrales. Entrando de lleno en la parte espectacular, recreémonos en las minucias del rito, soslayando la liturgia sobre la que tanto se escribe y escribimos.

Las cuadrillas y matadores saludan a la presidencia sin quitarse monteras ni castoreños, y la confianza cundió entre monesabios y mulilleros, comprobándose así la urbanidad al uso. No tiene importancia.

Se cambia la *seda* por el *percal*, tanteándolo con el mismo aire de antaño, cuando el revuelo a flor de tierra se emparejó con la superstición. Al limpio desarrollo concedía Rafael el Gallo especial importancia. ¡Vaya usted a saber! Sigue el picador escupiéndose en la manaza diestra y ensalivando la puya entre el pulgar y el índice de la siniestra. En cambio, el barboquejo apretado casi hasta herir el magro mentón o la papada oronda para mantener, como soldado a la cabeza, el castoreño *salvacráneo*, no tiene hoy razón de ser, ya que la costalada de latiguillo pasó a la historia.

El banderillero también ensaliva los arpones.

¿Para qué estas infantiles porquerías?

Tal vez se justificara la piedra de agua y un suavizador de correa; pero nunca lo vimos usar en tales momentos como sustitutivo de la saliva; que a lo mejor es panacea y genialidad atinadísima.

Los matadores tienen derecho a enjugarse el sudor con una toalla, tantas cuantas veces se les antoje; pero nunca los peones ni los picadores; seguramente porque no sudan. Nunca les vimos utilizar ni el pañuelo de bolsillo, y sólo en contadísimas ocasiones el revés de la mano. Y, ¿a qué obedece la excepción, siendo el trabajo casi igual para todos? Seguramente a que lo que el entrenamiento y la costumbre evitan, sólo en el matador fluye por causas distintas del ejercicio físico. Quizá, más que sudores, sean trasudores.

Vamos al rito del agua, que, en panzudísimo botijo vidriado de mugre y tizne ferroviaria, ofrece el consuelo de su frescura estimativa.

¿Ansia de beberla?

¡Ah! Depende.

El picador, zambeando sus acorazadas y acolchadas extremidades, trinca el botijo comunal de un zarpazo y a chorro, que suena en su boca como fuente en oquedad, traga afanosamente. Su nuez sube y baja como la pelota de un semáforo que recalcara señales angustiosas.

Los peones y banderilleros, siempre a chorro; quizá traguen algún líquido, pero a hurtadillas; su rito es la gárgara. Y más complicado es el del matador, que ni siquiera toca el botijo con sus manos *próceres* y necesita de auxiliares y de vaso. Antes —ya lo anota Marquerie— fue pequeño, rechoncho y de grueso vidrio; ahora es siempre de bacalita vivamente colorada. El maestro lo recibe de manos de su mozo de estoques, liba en el borde como pudiera hacerlo un jilguerito y ni siquiera deja que el agua le refresque el gáznate, por temor, sin duda, a que una gota se escurra caminito del estómago y perturbe el equilibrio de su metabolismo; se enjuga y la escupe. Talmente se nos antoja venenosos. Pero no es así, sino que a su sed de león la frena el rito.

Arrastrado por el entusiasmo histórico el antiguo galardón de la oreja, arrastró de rabo y de pata, que ya sólo arrojan al público algún que otro novillero y tal cual maestro que sigue pareciéndolo. ¡Tampoco el público siembra la ruta victoriosa con cigarrillos puros!

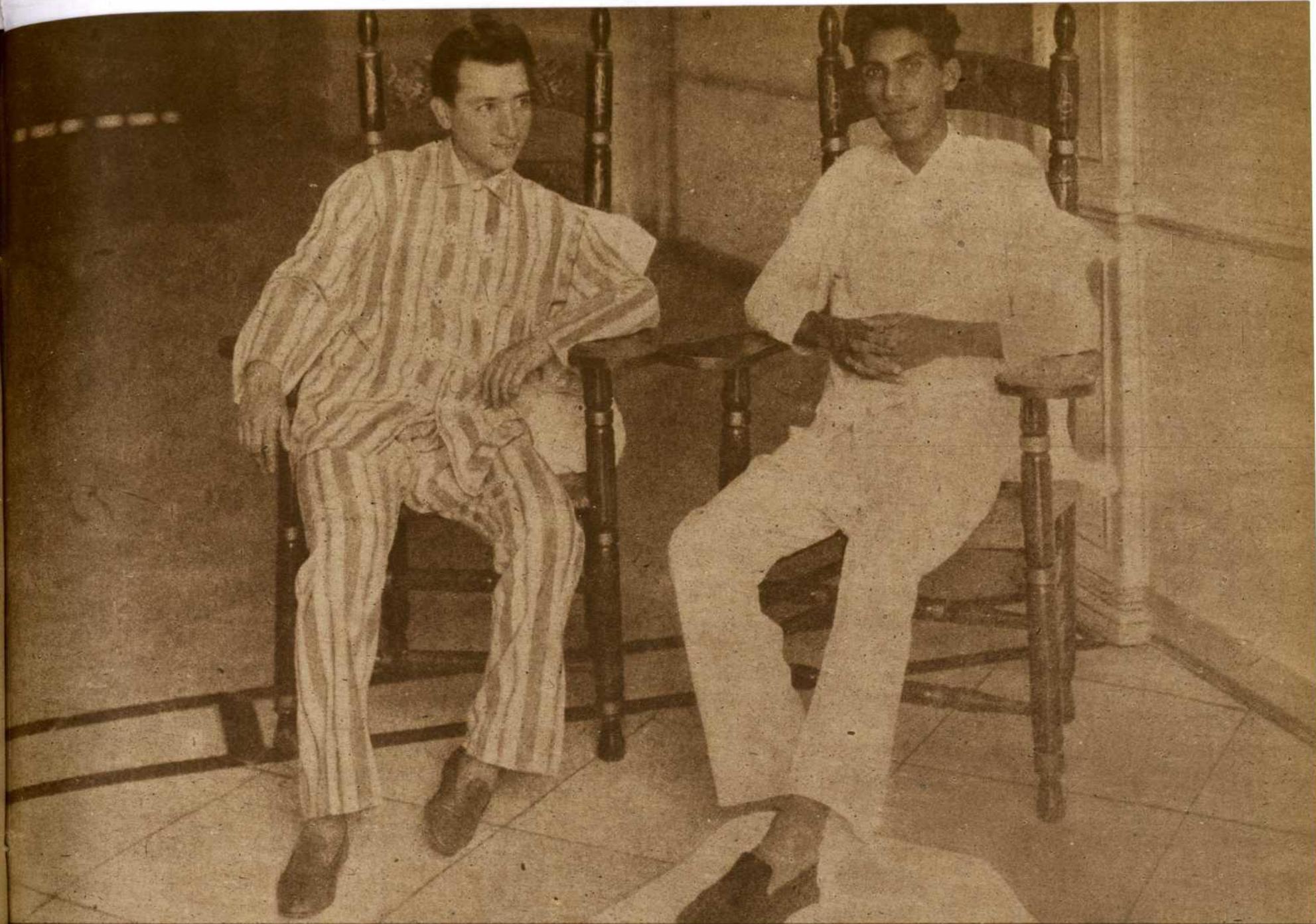
¿Elegancia?

Considérese que dos orejas, una pata y un rabo, en manos de una sola persona, son la ciclópea base de un cocido; y, y... Mientras desperdigados como trofeos no pasan de ser estorbo e inmundicia presurosamente abandonada por el tenedor ocasional, sin espuerta de trebejos y coche a la puerta.

El paseo triunfal en hombros hasta la fonda; la charanga bizcochera y la pomposa exhibición con camisa de faralae y chupa con caireles fueron viejos ritos vedados hoy por las ordenanzas municipales unes, y otros por la moda de no parecer toreros... ¡Casi, casi ni en la Plaza!



"Los toradores, Cúchares." Grabado de la época, realizado en París



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

DE LOS DOS SOLO QUEDA UNO...

COMO un rotundo mentís, este documento fotográfico lanza su grito en esta página. Dos calés de pura cepa, el de las verónicas eternas y el de la chicuelina primorosa, dan su oficio al objetivo fotográfico en un triste y alegre momento de su vida profesional. Triste, por lo que han tenido que sufrir, por el dolor de la herida abierta; alegre, por la vida que se les viene a las manos, después de la incertidumbre de aquella tarde, en la que salieron derrotados del ruedo por el impetu de una fita, y en brazos de las asistencias, camino de la enfermería.

Si, señor, a los gitanos también les coge el toro. Y si no, ahí están los dos, mano a mano, enflaquecidos por la fiebre. En un mano a mano lejos de la dorada arena de los ruedos, sin rutilancias del oro de los cañales, sin el alegre revoloteo del capotillo entre sus manos o el ap'omo clásico y alado de la muleta en la izquierda. Hoy es distinto; la competencia huele a éter, y en vez de morarse en el contoneo del pasodoble que marca el paseillo, ha de acunarse en el vaivén dormilón y cubano de la macedora. Y no será ese señor del tendido, que exige siempre una justificación a las pesetas que se gasta en el billete quien los grite; será la enfermera, para impedir que hagan travesuras de enfermo, pille-rías de convaleciente.

Hoy el mano a mano será de recuerdos de faenas de otros tiempos, que se irán oponiendo una a una con-

tra la anterior. Y saldrá a relucir aquel toro que pesaba tanto y que aguantó tantas varas, matando cuántos caballos, de unas velas descomunales y que embestia como una centella, al que uno —éste o el otro— le dió tantos naturales, cuántos de pecho y una sola estocada en el mismo "joyo" de las agujas, que levantó en un momento las cuatro patas por alto.

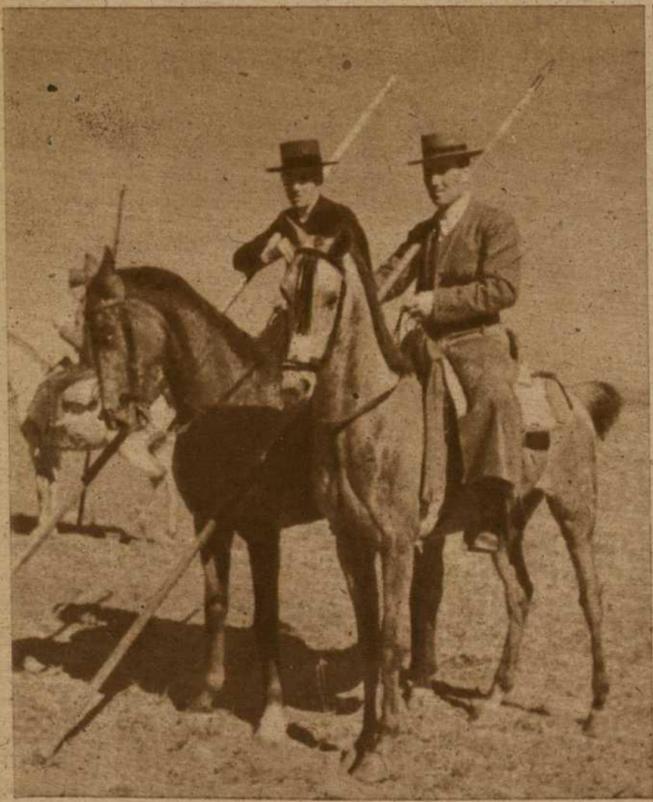
Dos cornadas a dos calés —una a Chicuelo y otra a Curro— y dos rumbos distintos en su vida. En este momento de su convalecencia, en el que sienten resurgir la vida en los pulsos de sus muñecas, que la notan latir con ímpetu en sus sienas, ambos piensan en el porvenir que les aguarda. Y ya sueñan con faenas y vueltas y or'jas y rabos. Ya les parece verse en hombros, saliendo por la puerta grande, aclamados por la multitud enrónquecida, que grita sus nombres. Es el premio a "su faena", la que aun no han hecho, la que está inédita.

Dos cornadas a dos calés y dos rumbos que se apartan; porque al de las verónicas estáticas, al de la gracia bronceada, al más calé de todos los gitanos y de todos los toreros, que ahora, en la sala de este sanatorio, sueña con una faena imposible, un mal toro se lo llevó de entre nosotros a torear en el azul a unos toritos de algodón.

Y, sin embargo, en el momento en que el objetivo se disparó sobre ambos, la vida les sonreía por igual. Habían echado un ratito de conversación y cuando, al fin, cansados de tanta parla, callaron, su imaginación volaba hacia su única afición, hacia la tarde completa en la que ponía digno y bello broche el escorzo de una airosa chicuelina y el aire lento de una verónica casi eterna.



GARROCHISTAS ANDALUCES



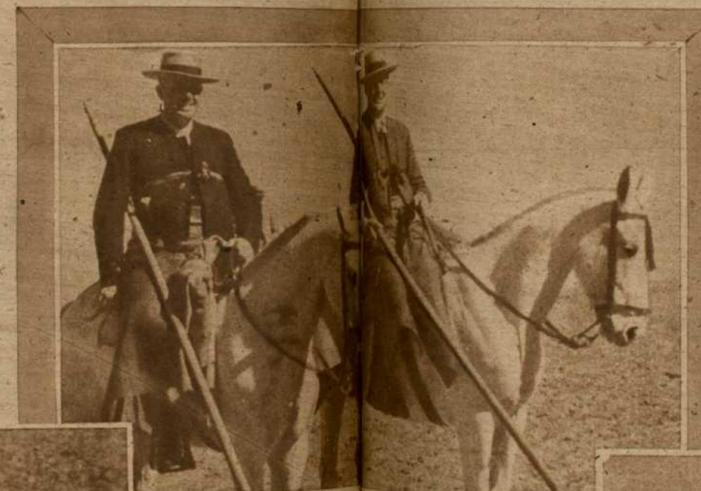
Don José de la Cova con su compañero de collera

RECUERDO Y EVOCACION DE AURELIO SANCHEZ MEJIAS EL ARTE POCO CORRIENTE DE JOSELITO A CABALLO!

quien todos considerábamos como el primero, merecidamente. Fué un gran amigo, y su recuerdo, por tanto, ha de perdurar para siempre en la memoria de todos los que tuvimos la honra de tratarlo y el gusto de verlo actuar como garrochista. Fué tan notable en esta afición, que para dar una idea exacta del sitio que ocupó entre los aficionados a esta viril faena, bastará con decir que habiendo empezado a cultivarla con dieciséis o dieciocho años, ha fallecido contando ya los sesenta y tres años, sin haber dejado de practicarla. Corrió, por tanto, con aficionados de varias épocas, y entre todos ocupó siempre un lugar preferente por derecho propio.



Don Joaquín Murube y don Luis Ramos Paúl. (Fots. Arenas.)



Don Felipe Moreno y don Medina Villalonga en un descabello de la faena



El becerro acosa a la jaca y el jinete prepara la garrocha

Estos garrochistas de la Baja Andalucía — Sevilla, Jerez... — que encontramos en todos los tentaderos, en noble emulación, derrochando pericia y decisión en el acoso y derribo de reses bravas, son de la misma estirpe de aquellos que formaron en las filas del general Castaños, en la memorable batalla de Bailén, donde poderosos ejércitos franceses, mandados por Dupont, hubieron de capitular ante el brío formidable de los españoles. Y como el espíritu de aquellos no se ha perdido, estos garrochistas son también los que hace tan sólo nueve años constituyeron aquel batallón de voluntarios que se llamó «Policía Montada» y que sobre los campos de Andalucía dejó bien plantada su fama y su valor en diversos combates.

Pero... ¿qué piensan de su arte estos garrochistas ilustres? Un rato de charla con Joaquín Murube, uno de los veteranos de este singularísimo deporte, nos permite ofrecer a los lectores de EL RUEDO una directa y completa impresión de esta faceta de la fiesta brava, poco conocida del gran público.

—Yo quiero —nos dice don Joaquín Murube— que mis primeras palabras sean de evocación emocionada para el recientemente fallecido Aurelio Sánchez Mejías, formidable y extraordinario garrochista a

Hablamos a continuación de los tentaderos. De la belleza que tiene en pleno campo el acoso y derribo de los toros, y la tiente... Joaquín Murube puntualiza la cuestión diciendo: —El tentadero no es como, generalmente se cree, una fiesta de campo con la que el dueño de una ganadería obsequia a sus amistades. Nada más lejos de esto. El tentadero es una faena absolutamente

necesaria para la buena dirección de una ganadería brava. Sin embargo, debido quizá al deseo de los ganaderos de atender a sus muchas amistades, es lo cierto que estas faenas, tan importantes en la marcha de una ganadería, se convierten en ocasiones en verdaderos festejos por el número y clase de los asistentes. En este caso resulta cierta la definición que un saladista

CHARLA CON JOAQUIN MURUBÉ

¡COMO AQUELLOS DE BAIENI ACOSO Y DERRIBO DE RESES BRAVAS



El gran garrochista Aurelio Sánchez Mejías, hermano de Ignacio

taderos como garrochista llevo contando con la actual temporada, veintiséis.

—¿Cuántos caballos ha preparado usted?

—He traído unos 26 ó 27 caballos, y de ellos, los mejores han sido Muñeco, de la ganadería de Civioco; Elío, de

la de don Luis Ramos Paúl, y Bola, de la de Murube.

—¿Con quién ha formado usted pareja?

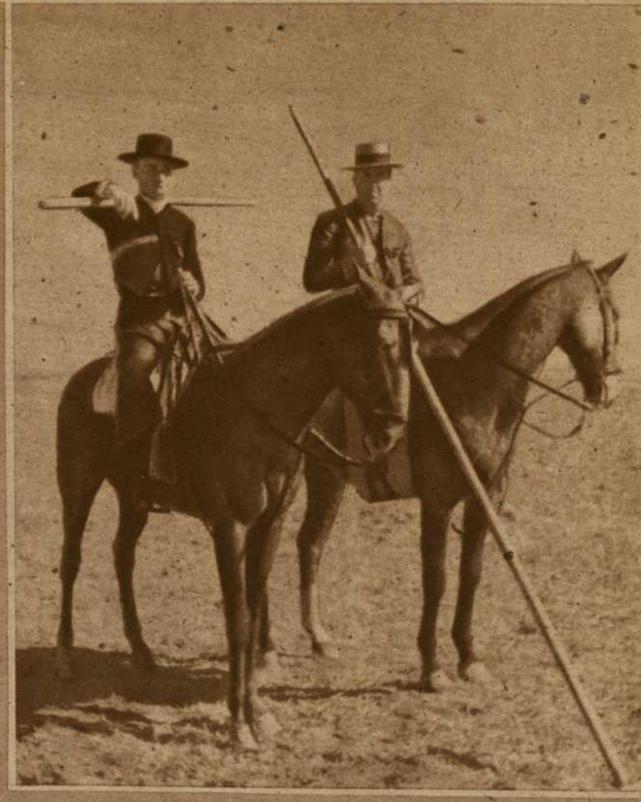
—Los primeros años de mi vida de garrochista corrí con mi hermano Antonio, pero hace ya veinte años que corro siempre formando collera con don Luis Ramos.

—¿Cuáles han sido y son, a su juicio, los mejores garrochistas?

—El mejor, como garrochista y jinete, ha sido don Antonio Miura. De los más antiguos que recuerdo, muy buenos don Ramón Ramos, don José L. de Pablo-Romero, don Francisco R. Moreno Santa María y José Lito el Gallo.

De los que ahora están en activo, sólo puedo decirles que hay bastantes y muy buenos todos.

Para mi gusto, el mejor, hoy, don Luis Ramos, y extraordinario garrochista, también, don Ignacio Sánchez Ibarquén. No creo equi-



El conde de Santa Coloma con el señor Sánchez Ibarquén



Estos dos jinetes se acercan a la res, a la que derribaron

vocarme si le digo que creí haberlos visto correr a todos. Es decir, con una sola excepción. La de don José C. de Luna. Para mí, han sido una verdadera revelación sus propias declaraciones en un artículo suyo recientemente publicado en EL RUEDO, en las que él declara haber sido garrochista.

Lo ignoraba en absoluto, y hasta ahora no he conseguido encontrar a ningún aficionado de ninguna época que lo haya visto actuar en tentaderos.

Por cierto que en ese mismo artículo afirmaba el señor Luna que Joselito había sido un mal garrochista. Con todos mis respetos a la figura literaria del señor Luna, he de exponer mi modesta opinión de que su afirmación es totalmente equivocada.

Joselito fué un garrochista extraordinariamente habilidoso y de un arte poco corriente.

Lo vi muchísimas veces, y en confirmación de mis afirmaciones ahí están los señores Miura, don José L. de Pablo, don Ramón Ramos, don Francisco y don José R. Moreno Santa María y algunos otros que pueden atestiguar la veracidad de mis afirmaciones, que no son fruto de una mente acalorada o realmente, sino los hechos irrefutables que vi por mis propios ojos.

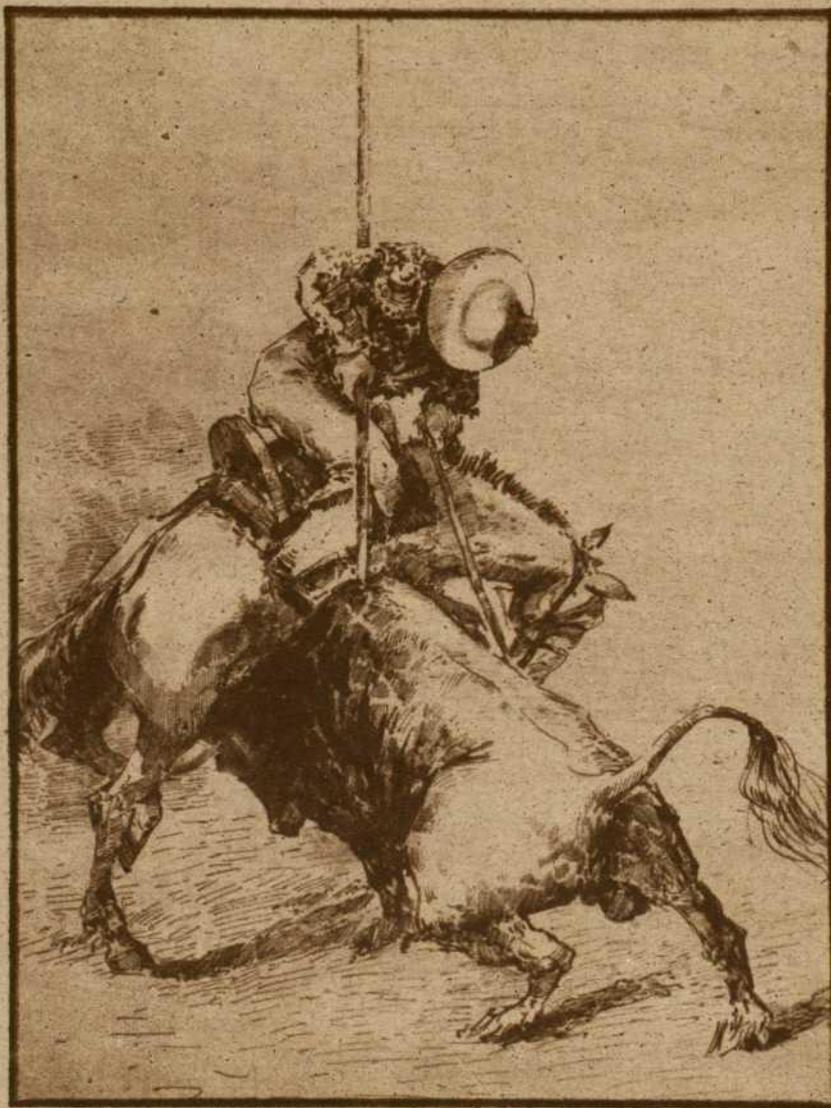
TEMAS TAURINOS

EL BUEN DAÑO DEL PICADOR

Por FELIPE SASSONE

M EJOR aún hubiera quedado el título de esta crónica de haberlo compuesto así: El buen daño que debe hacer el picador. Mas con todo y con eso, el lector no muy versado en tauromaquia—*lecteur paisible et bucolique, sobre et naïf homme de bien*, que dijo Baudelaire—pediría explicaciones acerca de la paradoja y hasta de la inconsecuencia que supone lo del buen daño, que tratándose de toros, no puede ser de ninguna manera el del refrán «quien bien te quiere te hará llorar». Pero, en fin, hasta el final nadie es dichoso, si cabe dicha en leer todo entero un pobre artículo firmado por mí.

La otra tarde, una tarde de éstas cualquiera, un domingo, un jueves, la fecha y la hora exacta no hacen al caso, casi todos los espectadores de Madrid se pusieron en pie para aplaudir a un picador. Yo también. Pero me senté en seguida y me guardé las manos en los bolsillos arrepentido de mi entusiasmo, que por irreflexivo quise fugaz. Como en el elogio hay un pero, y un «pero» mancha un elogio, omito el nombre del picador, que a nadie me gusta molestar personalmente. El público aplaudió, porque el público de toros suele ser tan pródigo en el aplauso como exagerado en la censura. Así, increpan y silban al matador que no acierta con el descabello a la primera, como si ello fuera un delito, y aclaman con verdadero delirio al que torea de muleta por alto haciendo la estatua, y al que ejecuta cualquiera suerte al hilo de las tablas y saliéndose por dentro, bien sea con el trapo, bien con las banderillas. Sólo los toreros saben que torear de muleta por bajo es lo que tiene mérito verdadero, y que los lances mejores son los que se dan en el tercio a los toros claros y normales, y que torear al hilo de las tablas tiene importancia cuando se le dan al toro los adentros, y no cuando se busca el alivio, seguros de que el cornudo no tiene ninguna gana de romperse los cuernos contra la barrera. Pero volvamos al picador. Yo le aplaudí porque ejecutó la suerte con buen estilo y citó derecho, dando al toro los cuartos delanteros de la cabalgadura, y todo aquello me pareció raro y precioso en estos tiempos del acoso, del cuarteo a caballo, de las vueltas de noria, que llaman *carrioca*, y de dar lanzazos vueltos de espaldas con el toro a las ancas, que a veces sería cosa de pedir que los picadores salieran montados del revés para cumplir con más cómoda facilidad esa suerte de huir que ellos confunden con la de detener. Ejecutó bien la suerte el hombre; pero como no castigó al toro, como no le pegó de firme, como no sirvió a su matador y a la regla de una buena lidia, que le obliga a sangrar para ahormar, así a tiempo en la cuenta de que había picado bonitamente, pero no eficazmente; en una palabra, que había picado para el público, y separé mis manos para volverlas a juntar por no seguir en el vistoso engaño de que había sido víctima. Días ha, tampoco puedo precisar cuándo, hablé de los toreros amigos o enemigos del toro, según aprovecharse de las buenas condiciones de la res para torearlas suavemente o prodigasen, viniera o no a cuento, los pases de castigo. Pero el picador ha de ser siempre un encarnizado



enemigo del toro, y aun he de agregar, si se me permite la frase, que ha de ser un enemigo leal; esto es, luchando con él por la cara, metiéndole la puya con fuerza y coraje y en lo más alto del morrillo, por delante de los encuentros, que es por donde el cornúpeto más sangra. El picador tiene la obligación de hacer daño a su enemigo. Pero de hacerle daño en servicio de su matador, para que el toro así dañado llegue en buenas condiciones al último tercio. Ello quiere decir que no ha de herirle ni en los brazos ni en los costillares ni siquiera en el lomo, ni mucho menos el fa testuz, con grave riesgo de descabellarlo. Porque el toro no herido en el morrillo, delante de la cruz, pierde facultades en todo su cuerpo, pero no la fuerza de la cabeza, y con ella descompuesta, derrotando alto, tapándose, se defenderá, así como se ceñirá por el lado contrario de aquel en que lo hayan herido en los bajos, aunque a veces estire el cuello precisamente por el lado por donde le pegaron, para poner los cuernos y esquivar el cuerpo. En cambio, el toro bravo, poderoso, con trapío y con casta, picado en el morrillo delante de la cruz, aunque llegue chorreando sangre hasta las pezuñas, llegará por eso precisamente ahormado y facilitará la buena faena, la faena reposada y elegante que sólo en ese caso puede exigirse del matador. De donde resulta que el picador es, en cierto modo, responsable de la conducta del toro desde que éste sale de su pelea y dominio. Picar es hacer daño; pero donde debe hacerse, y éste es el aparentemente paradójico buen daño con que he querido titular esta crónica. Claro está que de ningún modo he pensado al hablar de esto en aquel torito manso para los caballos, a quien no debe pegarse, puesto que embiste a los de pie sin fuerza, sin celo, sin resolverse, deteniéndose después de cada lance, adelantando la cabeza lentamente, sin mirar sus cuernos, dócil, pastueño, tonto, que podrá ser el ideal del torero — y el torero tiene razón —, pero no puede ser el ideal del aficionado, que también tiene la suya.

NUESTRA CONTRAPORTADA

Francisco Arjona Herrera (Cúchares)

Por BARICO



El 20 de mayo de 1818, nació en Madrid Francisco Arjona Herrera, hijo del banderillero de la cuadrilla de Curro Guillén, Manuel Arjona (Costura) y de María Herrera, sobrina del sementado Guillén.

De muy niño fue Hevado a Sevilla, y puede decirse que pasó parte de su niñez en el Matadero

de la capital andaluza, en el que su padre estaba empleado como repartidor de carne. Quedó huérfano, y su madre consiguió después que fuera admitido como alumno pensionado en la Escuela de Tauromaquia, y al ser cerrada ésta, Francisco Arjona, que tenía entonces doce años, quedó colocado en el Matadero como repartidor de carne.

Juan León, queriendo corresponder a los favores y atenciones que había recibido de Curro Guillén, decidió proteger al muchacho, y para la corrida del 26 de julio de 1833 se anunció lo siguiente: «Para mayor diversión del público, después de muerto el cuarto toro, se soltará un begero eral, que banderillará y estoqueará Francisco Arjona (Cúchares), de edad de quince años, alumno de la Escuela de Tauromaquia de esta ciudad.» Gustó la labor del muchacho, y Juan León le llevó en su cuadrilla, como banderillero, en 1834 y 1835, y en la temporada de 1836 le cedió la muerte de muchos toros. Al año siguiente Juan León llevó en su cuadrilla a Juan Pastor, Colilla, Cúchares y Yust, y aunque hizo alternar a todos como sobresaliente de espada, los dos últimos creyeron que su jefe tenía preferencia marcada por Pastor y mostraron su disgusto en 1838. Juan León procuró ajustes a Cúchares y Yust para Cádiz y Sevilla, y el 27 de abril de 1840 se presentó Francisco Arjona, con Juan Pastor, en Madrid como matador de alternativa.

Aceptó un contrato para torear en la Habana, y sin que pudiera tomar parte en ninguna corrida falleció allí, víctima del vómito negro, el 4 de diciembre de 1868. Sus restos fueron traídos a España años más tarde y recibieron sepultura en Sevilla.

Desde el día de su alternativa hasta 1868 Cúchares toreó en Madrid trescientas veintidós veces.

De los dos hijos varones de Cúchares, el mayor, Fernando, murió joven; y el menor, Francisco, no quiso estudiar una carrera, como pretendía su padre; se empeñó en ser torero y torero fué. Su hija Salud casó con Antonio Sánchez, el Tato.

Fué Cúchares un lidiador excepcional. Para él fué el toro cosa sencillísima a la que nunca dio importancia. Juan León le reprochaba su afán de demostrar que la lidia no tenía secretos para él y que los toreros exageraban cuando decían que la lidia de toros bravos era un arte plagado de dificultades. Solamente tropezó en su larga vida de matador con un toro que le hizo creer lo contrario. Fue en Madrid, el 3 de mayo de 1864, en la corrida en la que le dió la alternativa a Bocuera. Se llamaba el toro Casalaumonta y era de la ganadería portuguesa de Rafael José da Cunha. Arrojava a cuantos se le ponían delante, era grande y durísimo de patas. Cuando Cúchares hablaba del «toro ladrón», como le llamó siempre, decía: «Si alguna que había de verme obligado a torear otro bicho como aquel, me cortaría la coleta ahormada».

CARTEL DE ANDUJAR

COGIDA DE ANDALUZ

PEPE LUIS VAZQUEZ Y CARLOS ARRUZA



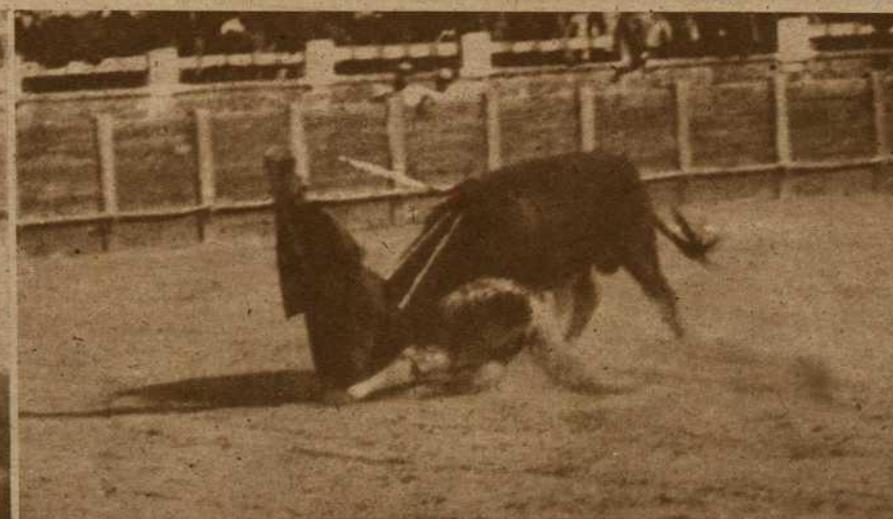
Pepe Luis Vázquez en un buen muletazo con la izquierda en la corrida celebrada en Andújar



Carlos Arruza en un pase por alto a su primer toro en la corrida de Andújar



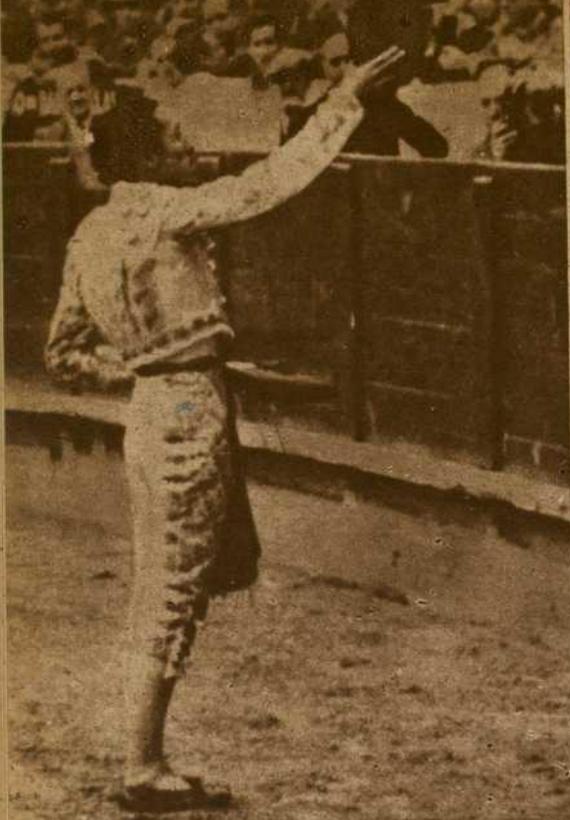
Andaluz en un magnífico pase estatuario en el toro que le cogió el domingo en Andújar



Manuel Alvarez, Andaluz, es cogido de forma emocionante en su primer toro, de la ganadería de Flores Albarrán



Manuel Alvarez, Andaluz, después de la cogida, en la enfermería de la Plaza de Andújar, esperando sea trasladado a la Clínica de Nuestra Señora de los Reyes, de Sevilla. Las últimas noticias, al cerrar nuestra edición, confirman el estado satisfactorio del valiente diestro sevillano. (Fotos Ricardo.)



Silverio Pérez brindando el primer toro de su presentación en España, en la corrida celebrada el sábado en Barcelona



El torero mejicano toreando de muleta a uno de sus toros en la corrida de su presentación



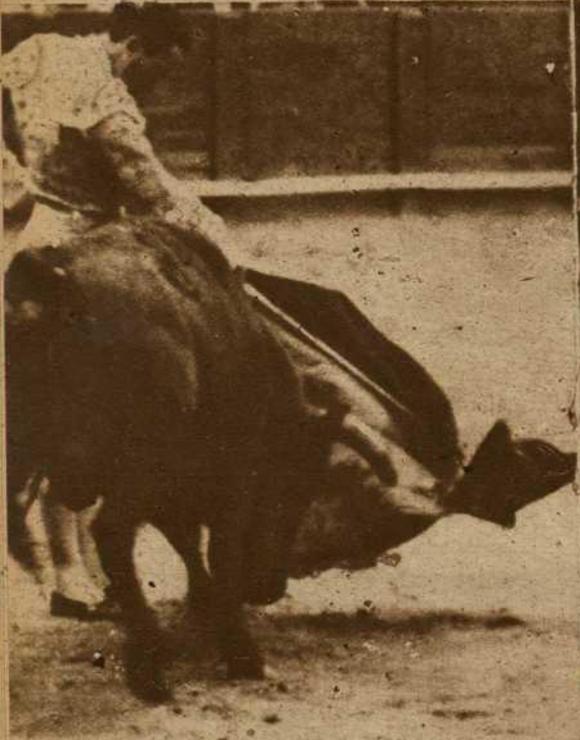
Silverio Pérez en un pase con la derecha

CARTEL DE BARCELONA

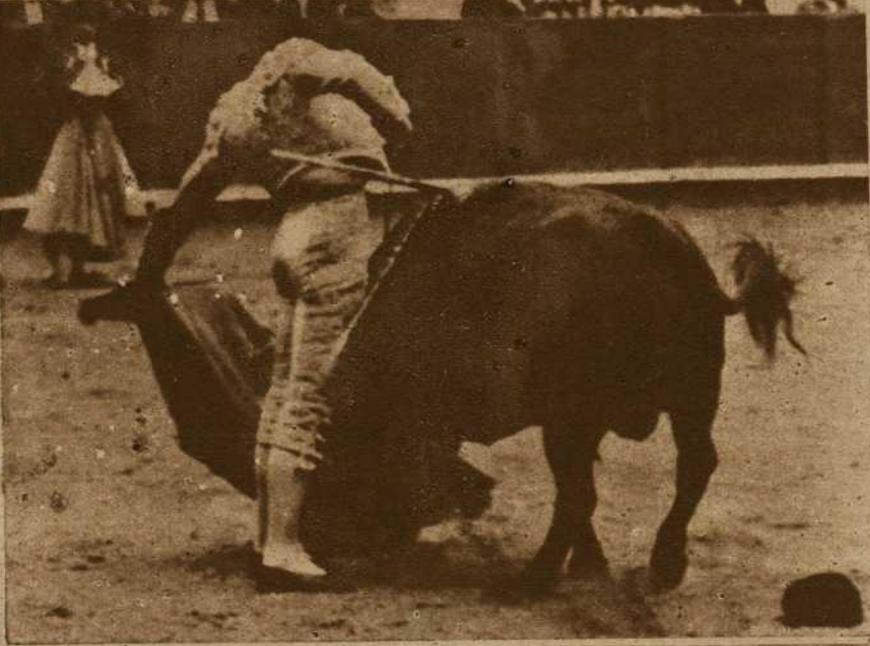
PRESENTACION DE

SILVERIO PEREZ

MANOLO ESCUDERO Y MORENITO DE VALENCIA



Manolo Escudero, que reapareció de su gravísima cogida de San Sebastián en la temporada pasada, en un ceñido pase de muleta

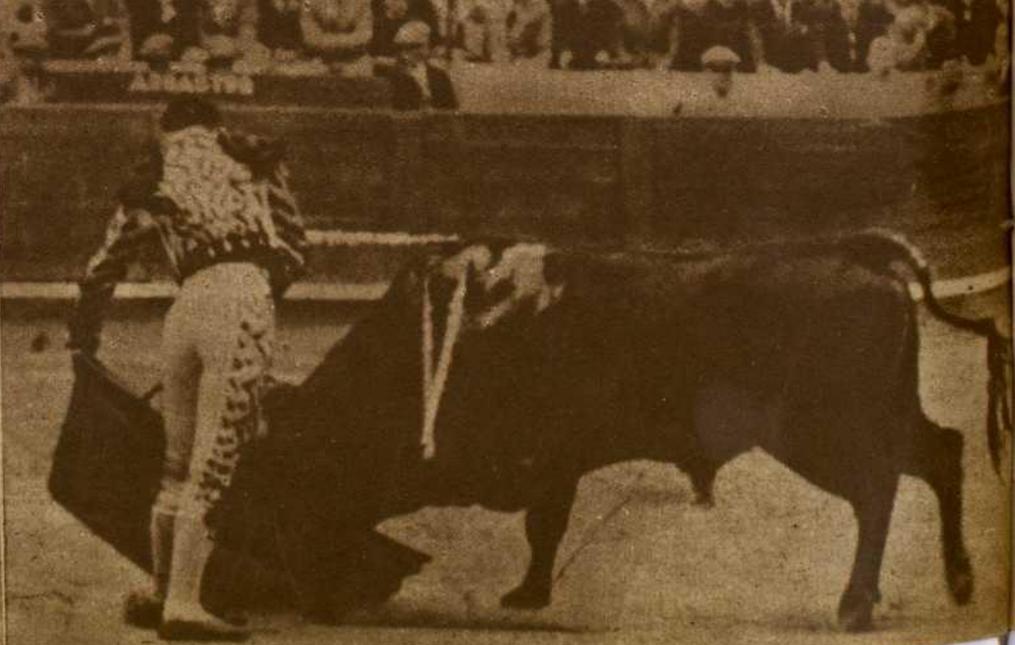
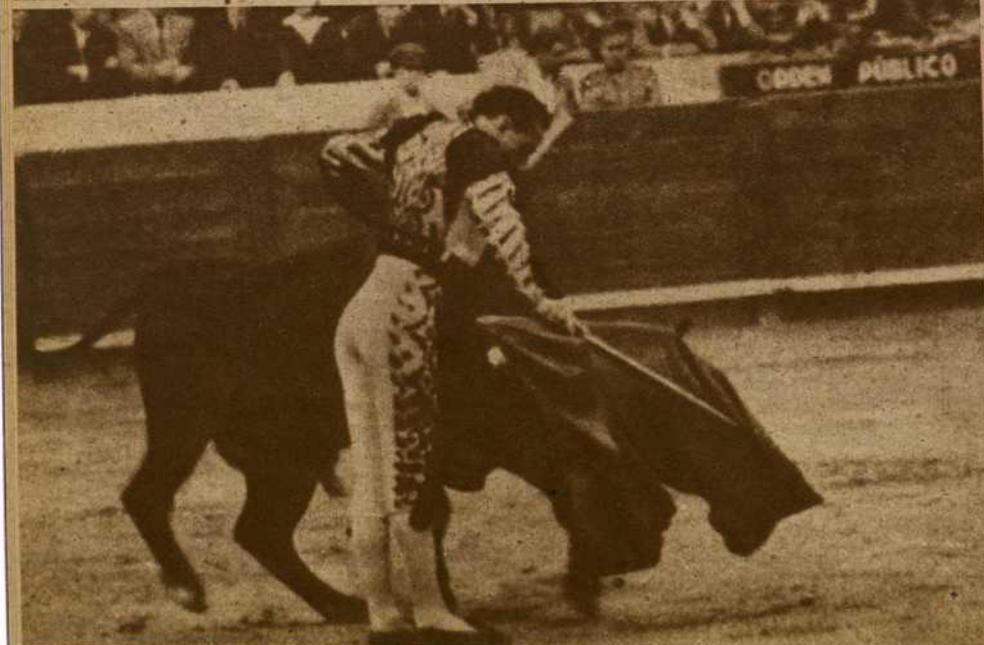


Manolo Escudero toreando superiormente por naturales en la corrida del sábado en Barcelona



Un natural de Manolo Escudero en el toro del que cortó las orejas, después de una gran faena

Los momentos de la faena de Morenito de Valencia, en la corrida de Barcelona, en la que actuó con Silverio Pérez y Manolo Escudero (Fotos Valla.)





Guerrita en la corrida de Beneficencia
(Dibujo de Perea.)



Toreros célebres: Francisco Arjona Herrera, Cúchares